

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO; ADAPTACIÓN A LA ESCENA CASTELLANA DE

"LO FERRER DE TALL"

DE

FEDERICO SOLER
(SERAFÍ PITARRA)

POR

ALVARO DE ORRIOLS

1919
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
MADRID

A Tomás Borrás, con mi admiración
un fuerte apretón de manos, dedico
— ejemplar

Alvaro de Orriols.

Madrid, 18, 6, 1924.

LA DAGA

La Daga

Adaptación al verso castellano del
drama en tres actos

"LO FERRER DE TALL,,

DE FEDERICO SOLER (PITARRA)

—— POR ——

ALVARO DE ORRIOLS

Estrenada en el TEATRO FUENCARRAL de Madrid, la
noche del 12 de Noviembre de 1919.



1919
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
MADRID

TIP. SANCHEZ, PLATERIA, 1 Y 3.-MURCIA

A la memoria del insigne maestro Federico Soler (Serafí Pitarra) el formidable propulsor de nuestro teatro catalán, dedico este humilde esfuerzo de mi pluma, ya que brindarle no puedo una obra que, por ser suya, no tiene ofrenda.

El Traductor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA BARONESA	Sra. Pardo
ANA	Sra. Corcuera
ROSA	Srta. Lombera
BIEL	Sra. Pacheco
MAESE JORGE	Sr. Portes
BOY (EL ZURDO)	Sr. Carmona
EL BARON	Sr. Castillo
ARNAL	Sr. Valero
RUBIO	Sr. Méndez
DALMAU	Sr. Rodriguez
OFICIAL 1.º	Sr. Díez
OFICIAL 2.º	Sr. Mata

OFICIALES, HERREROS, GUARDATERMINOS y PAJES.

Apuntadores:

AMADEO NAVARRO y MANUEL PERRIN.

La escena en Olot —Epoca Felipe V.

ACTO PRIMERO

Interior de una herrería. Puerta grande al fondo, a través de la cual se vé la feria con mucha animación. Varias puertas a ambos lados. La fragua y el fuelle a la izquierda; herramientas y trastos propios de herrero y daguero. La muela de afilar a la derecha. A la izquierda una ventana que dá a un huerto; al lado un estante con dos jarros de flores.

ESCENA I.

JORGE y ROSA

(El primero trabajando con unas tijeras junto al banco; la segunda bordando oro sobre satén, en un tambor, y junto a la ventana. Ella triste; él cantando).

JORGE — «Afila, que afila,
haz dagas, daguero,
haz dagas que pasen
las mallas de acero.» *(Contempla a Rosa)*

ROSA — (¡Feliz él, feliz quien canta
libre de pena y dolor!)

JORGE — (¿Tendrá tristeza de amor?
Su pesadumbre me espanta).
(Deja el trabajo)
Escucha, Rosa.

ROSA — ¿Llamais?

JORGE — Sí, Rosa.

ROSA — ¿Qué os pasa?

JORGE — Escucha.
Me está pareciendo mucha
tu tristeza.

ROSA — No creais...
JORGE — ¿Quién, hija, te ha malmirado?
De un tiempo acá se ha tornado
tu mirar claro y sereno
en tan triste y apagado
que, sólo al verte, me apeno.
Y en tu tristeza infinita
yo veo un secreto extraño.
No eres la Rosa de antaño,
te has vuelto rosa marchita.
Mi mente, siempre afanosa,
mil conjeturas se fragua.
Y estoy pensando una cosa,
que en vez de llamarte Rosa
te han de llamar «lirio de agua».
ROSA — ¿Por qué?
JORGE — Porque ese dolor
te tiene en llanto sumida.
ROSA — ¡Oh, Dios mío!
JORGE — Por mi vida
que no me tienes amor.
ROSA — ¡La canción de cada día!
JORGE — Cada día y cada noche,
porque me apena
tu pena
que me parece un reproche
a mi tranquila alegría.
Dí, ¿por qué estás angustiada?
¿Que te tiene apesarada?
¿Por qué estás triste, hija mía?
Responde, no calles nada.
¿Es que en el cuerpo te ha entrado
el maldito diablo cojo
o que con su mal de ojo
malas brujas te han mirado?.
ROSA — *(Persignándose)*
¡Jesús, María!

JORGE — Responde.
¿Dónde está la causa, dónde?
¿Por qué tu pena se esconde
de tu pecho en lo profundo?

ROSA — Padre, no sé que deciros.
Este llanto... estos suspiros...
es que estoy triste en el mundo.

JORGE — ¡Rayo de Dios! ¿Y por qué?

ROSA — Nos os enfadeis.

JORGE — ¡No enfadarme!
¿Crees que puedo callarme?
¿Por qué estás triste?

ROSA — No sé.

JORGE — Entonces, vuelve a reir,
como antaño ríe y canta
que el verte triste me espanta.
Piensa que el hacer sufrir
a un padre, así, es mala acción,
porque al ver tu sufrimiento
en un golpear cruento
me aplastas, con tu tormento,
sobre el yunque el corazón.

ROSA — ¡Oh, padre, sufrís! ¿Por qué?

JORGE — Sí, sufro mucho, hija mía,
que vivo de tu alegría.

ROSA — Pues no sufráis más. Reiré.

JORGE — ¿Será verdad?

ROSA — Noche y día.

JORGE — ¿Sí, verdad?

ROSA — Tendré alegría.

JORGE — ¡Oh, que dichoso seré!
¿Qué me falta? Tú contenta,
marchando bien en mi oficio,
buen herrero y buen daguero
saco doble beneficio
y, así, mi riqueza aumenta.
¡Qué más puedo apetecer,

ya que un día quiso el cielo
—cuando perdí a mi mujer—
que me quedara el consuelo
de tenerte junto a mí
para poder trabajar
con la fé de conquistar
una dote para tí!
Y, así, tras una oración
por la gloria de tu madre,
piensa que yo soy tu padre...
y que eres tú mi ilusión.
Que, a verte triste, prefiero
verte alegre y atildada,
compuesta y engalanada,
porque yo quiero
y me agrada
que te envidie el pueblo entero.
Tus risas son mi tesoro.
Si tus risas se comprasen
aunque cual plomo pesasen
por ellas diera mi oro

ROSA — Pues al trabajo y... cantemos.

JORGE — Ya en cantar nadie me iguala.

(*Ella vuelve a bordar; él a limar, y cada uno canta su canción*)

ESCENA II

Dichos. BOY y BIEL

BOY — ¡Hola!

JORGE — ¡Zurdo!

BOY — Feria mala.

ROSA — Ya está aquí Biel

BIEL — Ya volvemos.

BOY — Ah, pillastre, mal diablo,
con mi temple has de acabar.

(*Primero muy rabioso, y al punto muy calmado. Este juego se repetirá siempre que lo indiquen ios versos*).

Yo le quería pegar
pero se escapó al establo.

JORGE ¿Al establo?

BOY Sí. Herrábamos
al borrico del Gregorio
cuando principió a insultarme,
y a llamarme
viejo zurdo y vegestorio.
Y como entonces estábamos
los dos con la molinera
que me ha entrado por el ojo...
yo que sí, voy, y le cojo,
se escapa, dá una carrera...

BIEL (*Haciendo burla*)
Y aún no me habéis alcanzado.

BOY ¡Que! Vaya, no puedo, no.

BIEL Porque sois un viejo.

BOY ¡¡Yo!!
¡Ja, ja, ja! ¡Desvergonzado!

BIEL Decid que en cuanto me vé
ya principia a enfurruñarse.

BOY ¿Es que no hay para enfadarse
con lo que me pasa?

JORGE ¿Qué?

BOY Pronto dicho está el asunto.
Que si pienso cosa alguna
siempre es él quien me importuna
con imitármela al punto.
Me voy, ya sale enseguida;
parece que me persigue
y en todo creo que sigue
las acciones de mi vida.
Y cosa tan cierta es,
y tanto en todo se fija
que si yo quiero a tu hija...

BIEL Yo también la quiero.

BOY ¿Ves?

La pienso un día obsequiar
y, como en todas las cosas:
yo le traigo aquellas rosas.

BIEL — Yo aquellas le he de comprar.

BOY — ¿Veis? Pues en todo es así.

(*Mientras tanto ha ido a buscar el delantal y se lo pone al mismo tiempo que Biel*).

En todo me imita igual.
Me pongo este delantal.

BIEL — Yo me pongo este de aquí.

BOY — A la feria me he llegado
y me ha seguido, el muy pillo.
Yo, que si, compro un anillo.

BIEL — Y yo un anillo he comprado.

BOY — Lo traigo aquí.

BIEL — Aquí lo tengo.

BOY — Yo se lo regalo a Rosa
Ten, muchacha. (*Jorge ríe*)

BIEL — Toma, hermosa.

ROSA — Gracias.

BOY — (*Con coraje*)
¿Ves? Pues te prevengo
que, si te alcanza mi brazo,
no lo cuentas, arrapiezo,
porque si yo te tropiezo
te aplasto de un puñetazo.

BIEL — (*Haciéndole burla*)
¿Con la izquierda? No podréis.

BOY — ¡Puf... no! Vaya, no me explico
como yo quiero a este chico.
Le encuentro listo.

BIEL — ¿Lo veis?

JORGE, ROSA — ¡Ja, ja, ja!

BOY — ¡Qué criatura!
No sé como no le pego.

Anda, vé a encender el fuego;
vamos a hacer la herradura. (*Se vá*)

ESCENA III.

Los mismos, menos BOY

JORGE ¡Pobre Zurdo! Es bondadoso.
ROSA Pocos como él se hallarán.
JORGE Es un pedazo de pan.
ROSA Pero es muy quisquilloso.
JORGE Y tú muy entrometido,
y más malo que un diablo.

ESCENA IV.

Dichos y BOY, que vuelve:

BOY ¿Qué charlas?
BIEL Si yo no hablo.
BOY Pues yo tu voz he entendido.
Y no tires de la cuerda
porque entonces ya me aturdo
y, como que yo soy zurdo,
te persigno con la izquierda.
JORGE ¿Es decir, pues, que la feria
flojea bastante, Boy?
BOY Te digo que, lo que es hoy,
me pareció una miseria.
Te aplastan, si te almidonas,
a empujones y molestias;
y, además, hay pocas bestias.
BIEL Pero hay muchas personas.
BOY Oh, personas, eso sí.
Demasiadas.
BIEL Mirad...
JORGE Vaya, cuenta.

BIEL (*A Boy*)
Vos soplad.
En la feria...

ROSA Vamos.

JORGE Dí.

BIEL Tanto bueno he contemplado
y tanto hermoso la llena,
que yo mismo, sentí pena
de mirarme enmascarado
¡Se ven cosas tan lozanas
cruzando por las paradas!
Ya pasan engalanadas
las payesas y aldeanas;
la señora verdadera
que ostenta su señorío;
el del borsillo vacío
pobre estudiante de afuera;
los monjes de Collserola;
la noble madre abadesa;
la señora baronesa
que con sus pajes va sola;
y un abate; y el prior
de los frailes trinitarios;
y los pobres mercenarios
que viven con el favor.
Y solteras.

BOY ¡Ah!

BIEL Y casadas.

BOY ¡Ah!

BIEL Y viudas.

BOY ¡Vaya!

BIEL Y borricos,
rastrillos, hoces y picos,
martillos, mazos y azadas,
joyas y sedas bordadas
tanta cosa se vé allí.
que el que lo jura no yerra:

no hay feria en toda la tierra
como la feria de aquí.

ROSA Sigue, Biel.

BIEL Ya he concluido.

JORGE Vaya; bien te has explicado.

BOY Como yo, por tí, he soplado
el fuego sigue encendido.

ESCENA V.

Dichos y ANA.

ANA (*Con voz nasal*)
¡Ave María Purísima!

BOY ¿Tú por aquí, buena prenda?

ANA Recado de mi señora
la señora baronesa,
que quiere saber si Rosa
estará cuando ella venga
dentro de un rato.

JORGE Pues dile
que aquí está y aquí la espera.

ROSA ¿Con que ha dejado el castillo
para bajar a las fiestas?

BIEL ¿No os dije yo que la he visto
con sus pajes en la feria?

ROSA Dile, pues, que la esperamos.

ANA Pronto estaré aquí con ella.
Hasta luego.

JORGE Dios os guarde.

BOY Vaya con Dios la doncella. (*Ana se vá*)

ESCENA VI.

Dichos, menos ANA.

TODOS Ja, ja, ja.

JORGE ¡¡¡Zurdo!!..

BOY ¡Pobre Ana!
¡De qué modo ha envejecido!

¡Quién la hubiera conocido
fresca como una manzana!
En el convento servía
entonces. Yo la veía
cuando iba a limpiar el horno,
y por el hueco del torno
charlábamos todo el día.
Estaba fresca y hermosa
y, a la verdad, tentadora,
pero hab'aba... como ahora,
con aquesta voz gangosa.

BIEL — Sí, claro está. Acostumbrada
al órgano del convento...

BOY — Se le ha pegado el acento
de la música sagrada.

(*Se oye a lo lejos el tañido de una flauta*)

JORGE — Escuchad ese silbato.

BOY — Parece que maulla el gato
de los frailes de aquí enfrente.

ROSA — Callad.

JORGE — Es bella canción. (*Pausa*)

(*Todos escuchan*)

BIEL — Tra, larí, lará, larón.

ROSA — Toca bien.

JORGE — Muy diestramente.
¿Quién toca así?

BIEL — (*Mirando a Rosa*)
El oficial
mayor, del otro daguero.

JORGE — ¿Quién dices? ¿El cancionero?
Pues no toca nada mal.

ROSA — Tocando se pasa el día,
y en oirle me divierto.

BIEL — Como de la tapia al huerto
de su casa, se podría
dar la mano al que esté allí,

bien se le puede observar,
desde el ventano de aquí
cuando se pone a ensayar.

(*Se oye el tañido*)

BOY — ¿Pero no oís la canción?
¿No es vergüenza que ese pillo
olvide fragua y martillo
para sentirse llorón?
Y pluga a Dios que no cante.

BIEL — Está visto que, a vos, nada
que huela a canto os agrada.

BOY — ¡Que me ha de agradar, bergante!

JORGE — Según aquesta razón
también yo soy un llorón,
molestón,
o cosa por el estilo.

BOY — ¿Por qué?

JORGE — Porque nunca afilo
sin cantar una canción.

BOY — No, no molestas, porque...

JORGE — Yo creo, muy al contrario,
que el cantar es necesario,
Lo creo de buena fè.

BIEL — Eso me parece a mí.

BOY — Verdad es, y a mí me agrada.

BIEL — Hasta el gallo, en la alborada,
canta su quiquiriquí.

BOY — Si, conformes, está bién.
Hasta el gallo canturrea,
más si un gallo cacarea
le responden otros cien,
todos con un canto igual,
y, como es su canto, agrada.
Pero aquí... ¡Virgen sagrada!
afinais bastante mal.
Canta uno: «El Conde Gari».
otro le contesta allí

con «Los mozos de San Boy.»
y por si el coro es pequeño
sale otro cantando aqui:
«Don Dalmau no tiene sueño».
¡No sabeis lo harto que estoy!
Si con el cantar me duermo
surge haciéndome cosquillas
la canción: «Cantad chiquillas
porque el borrico está enfermo».
¿No hay para coger inquina?
Es como si en un momento
cantasen perro, jumento,
cordero, cerdo y gallina,
Si no hay oidos que estén
sanos con tal descompás.
Hay que marcar el «tris, trás»,
trabajar y cantar bien.
¿Que cose o que borda Rosa?
Pues cantad en ese intante:
«La hija del comerciente
dicen que es la más hermosa».
¿Que yo afilo o que remacho?:
«Afila que afila
haz dagas, daguero,
haz dagas que pasen
las mallas de acero».
¿Que hace el amor un muchacho?
Pues: «Sal, mocita estimada,
asómate a la ventana
y canta rosa galana
como el ave en la alborada.»
¿Que la madre duerme al niño?
Pues a cantar con cariño,
dulcemente y poco a poco:
«cro... cro... cro... cro... cro... cro... cro...
no llores, no llores, no.
No llores que vendrá el coco».

¿Qué limáis? Con gran cuidado,
sit... sit... sit... con voz gangosa:
«De la villa de Tolosa
de la villa de Tolosa,
de la villa de Tolosa,
una dama se ha escapado»
¿Para picar hierro? Están
nuestras canciones de raza.
Venga el mazo, fuera cachaza,
todos a una, venga: «Pim, pam,
pim, pam,
pica que pica, pica que pica,
pim, pam,
pim, pam,
pica que pica. ¡¡Golpe de maza!!»
Ved los cantos que prefiero
y los que yo cantaría.
¿No soy herrero? Pues quiero
los cantos de la herrería.

BIEL ¡Pim, pam!

JORGE Vamos; al trabajo.
Después, cuando terminemos,
para cantar tiempo habremos.

BOY Principiemos aquel tajo.

BIEL ¡Como! ¿con feria en la plaza?
¿No es fiesta?

JORGE No es de precepto.

BOY Y, además, en mi concepto,
cuando hay trabajo... a la maza.

JORGE Lo siento pero es verdad.
¿Vendrán los mozos?

BOY Sumisos.
Sabes que a tus compromisos
no falta nuestra amistad.

JORGE Pues, ya que os hallais aquí,
baja a la cueva con Biel,

y subidme el hierro aquel
del azadón, que escogí.

BOY — Biel, el farol.

(*Biel enciende un farolillo, mientras Boy alza la trampa en el centro de la escena y descubre una escalera que baja al subterráneo.*)

BIEL — Ahora voy.
Ya está encendido. (*Pausa*)

BOY — Ve abajo.
(*A Jorge*)
Cuando no tengas trabajo
te he de hablar.

JORGE — Pues aquí estoy.

(*Boy va a cojer herramientas; en tanto Biel que se disponia a bajar el primer escalón, vuelve a subir y acercándose a Jorge le dice aparte:*)

BIEL — Cuando esteis sólo, mi amo...

JORGE — ¡Ah! ¿Tú también me has de hablar?

BOY — Vaya, ¿ves? Me ha de imitar
en todo. Yo ya me escamo.

BIEL — (*Aparte*)
Le he de hablar, y se lo digo.

BOY — (*Por un lado*)
Adiós, Rosa,

BIEL — (*Por el otro*)
Adiós, Rosita.

ROSA — Adiós.

BOY — ¿Ves? Siempre me imita.
Nunca burlarle consigo.

BIEL — Y bien, hombre, no seais tonto.

BOY — Eres un pillo y un mico
que imitas todo.

BIEL — (*Aparte*)
Le explico
y...

BOY — Arre, arre; baja pronto.

BIEL (*Bajando los escalones*)
Pim, pam; pim, pam; pim pam.

BOY ¡Je! ¡je! ¿No oís? Ya la prueba.
En oyendo canción nueva....
¿No lo dije yo?

BIEL Pim, pam.
(*Baja, detrás de Biel, el zurdo*)

ESCENA VII.

JORGE, ROSA, DALMAU.

JORGE Vaya; son buenos muchachos.

DALMAU La señora baronesa.
(*Se queda en la puerta*)

ROSA Tienes razón, ¿en qué pienso?...
Su silla..

(*Por indicación del padre, Rosa sale y regresa con una silla distinguida que coloca en lugar conveniente*).

JORGE Ve tu por ella.
Yo, mientras tanto, un momento,
voy a llegarme a la feria
a ver si aquel duerme o vende
mis picos, hoces y sierras.

ROSA Y ¿si ella por vos pregunta?

JORGE Dile que tengo tarea
en la feria, y que, en mi casa
y en mi nombre, tú la esperas.

ROSA No sé por qué sois así.
Ella olvida su nobleza
y desciende a la herrería.
Vos, en cambio, por no verla
sois capaz de caminaros
a buen paso veinte leguas.

JORGE ¿Qué quieres que te responda?

ROSA ¿Acaso os hizo una ofensa
que vos sabéis y que ignoro?

JORGE

Nada puedo decir de ella,
Más ya sabes tú la copla
que canto al dar a la muela.
Recuerdo viejos agravios
y creo, con fé sincera,
que nunca deberá el pueblo
mezclarse con la nobleza.
Si ella viene a visitarnos,
bienvenida cuando venga,
que siempre la cortesía,
en casa honrada se encierra.
Si el censo toca a su pago
yo voy a la casa de ella
a llevarle el vaso de agua
con veinte libras completas.
Más. ¡Comprar con servilismos
la amistad de la nobleza!...
Que ellos se estén en su casa,
que yo me quedo en la nuestra.
¿Que hemos de ser sus amigos
porque ellos tienen riquezas?...
Por su oro vá mi plata;
por su escudo vá mi muela;
por su orgullo vá mi honra;
por sus dominios mis tierras.
¿Quieres tú que con más honra,
y más oro, y más riqueza,
y más gozo y más ventura,
viéndote buena y honesta,
vaya al castillo a humillarme?
¡No; de ninguna manera!
Que cada cual se coloque
en lugar que le convenga.
Si ellos tienen su castillo
también esta casa es nuestra. (*Se vá*)

ROSA

¡Triste de mí si algún día
se enterase de mis penas!
¡Pobre de mí si al saberlas!...

ESCENA VIII.

ROSA. BARONESA, ANA que la trae del brazo y DOS PAJES que quedan a la puerta, con DALMAU, trayéndole uno el cojín, y otro una caja.

ANA — La señora baronesa.
ROSA — Que Dios la tenga en su guarda.
BARONESA — Ya hace falta que Él me tenga,
porque yo, querida Rosa,
ya soy vieja... ya soy vieja.
ROSA — No tanto. Hace muchos años
que lo dice su excelencia,
más los años ván pasando
y, en cuanto llega la feria,
vuelve a dejar el castillo
para venir a las fiestas.
ANA — Eso le repito siempre
cuando comtemplo su pena.
BARONESA — El caso es que ya no veo,
que me estoy quedando ciega,
y que, gracias a mis gafas,
veo poco y muy de cerca;
que si no me acompañaran
ni pasearme pudiera.
Sí, Rosa, los años pasan
y me hago vieja... muy vieja.
Treinta años ha que lo digo;
¡ya no cumpliré otros treinta!
ROSA — ¡Quién sabe!
BARONESA — Si Dios lo quiere
no digo que no suceda.
Ana, la silla...
ANA — Señora:
podeis sentaros en ella.
ROSA — Yo os ayudaré.
BARONESA — No hija.
Deja tú que Ana me atienda.

Es mi criado, mi paje,
y ella sabe mis rarezas.
¿Ana?...

(*Mientras tanto Ana ha colacado en la silla el cojin que tomó del paje*)

ANA — Ya puede sentarse
la señora baronesa.

(*Mientras ayudan a sentarse a la Baronesa, aparece cruzando por la calle, junto a la puerta, ARNAL*).

ESCENA IX.

Dichos y ARNAL.

ARNAL — (¿Cómo está aquí la señora?
¿A qué vendrá su excelencia?
Volveré dentro de un rato;
no conviene que me vea). (*Vase*)

BARONESA — ¿Ves los años lo que son?
Nos aplastan y nos pesan.
¡Un cuarto de hora en sentarme
yo que he sido tan ligera!
Cuando a Ana se lo explico...

ANA — Sí, cuando ella era doncella...
Yo lo sé por mi señora,
me lo ha contado ella mesma...
Diz que el mirarla en Palacio
en el salón de la Reina...
¡Aquello, si, era alegría!
Continuamente contenta
y roja como un clavel
y como una rosa fresca.
mostrándose a todas horas
sonriente y placentera.
La reina se entusiasmaba
con sus chanzas y agudezas,
los principes se dormían.
escuchando sus consejas...

BARONESA — Ahora ni gozos, ni risas,
ni chanzas... nada me queda.
Las penas me han agobiado
y me hago vieja... muy vieja.

ROSA — No piense, señora, en eso,
ni al pensarlo se entristezca.

BARONESA — Tienes razón. Olvidemos
por un instante las penas.
¿Tendrás para mí un momento?

ROSA — Cuantos quiera su excelencia.
Ya sabe que aquí dispone
en lo que bien le parezca.

BARONESA — Ji... ji... ji... Buena muchacha;
buena muchacha, muy buena.
Pues vas a ver el motivo
que hacia tu casa me acerca.
¡Ana!...

ANA — Diga lo que manda
la señora baronesa.

BARONESA — Trae las cajas que mis pajes
dejaron aquí a la puerta.

(*Ana coje las cajas al criado y se las entrega a la Baronesa*)

ANA — Aquí están; Pedro las trajo.

BARONESA — Abrelas, Rosa, tu mesma.
(*Rosa abre la caja*)
¿Ya abriste la caja?... Mira:
Este es el traje de seda
de la Virgen. Hace un año
que se nos manchó de cera,
y como varios prelados
que son de mi parentela
vendrán por la Navidad
para celebrar la fiesta,
hay que arreglar la capilla
del castillo. Y, así, es fuerza
que la Virgen lleve un traje

con más oro y menos cera.
Tú que bordas tantas cosas
y tienes manos tan buenas,
tratándose de la Virgen,
¿querrás bordar para ella?

ROSA — Eso es merced que me haceis
sin que yo me la merezca.

BARONESA — No, no. Digo la verdad;
siempre has de ser tan modesta.
Ji... ji... ji... Buena muchacha,
buena muchacha, muy buena.
(*Intentando levantarse*)
¿Vamos, Ana?...

ANA — Cuando quiera
la señora baronesa.

BARONESA — Dame el brazo...

ROSA — Y poco a poco.
Cuidadito con las piedras.

(*Ana dá el brazo a la baronesa y salen ambas seguidas de los pajes que recojen el almohadón y las cajas*)

BARONESA — Adiós, Rosa. Hasta otro día.

ROSA — Que Dios guarde a su excelencia.

BARONESA — ¡Ah! ¡Como pasan los años!
¡Me hago vieja... me hago vieja...!
(*Sale con Ana y los pajes*)

ESCENA X.

ROSA y BIEL.

ROSA — ¡Qué buena es, y qué santa!.
(*Biel asoma la cabeza por la trampa*).

BIEL — (Yo aprovecho la ocasión).

ROSA — (*Sorprendida*)
¡¡Ay!! Me asustaste, bribón.

BIEL — Y, ¿aquella contestación?...

Rosa — No, hombre, no. Déjame y canta.
Biel — ¡Oh! Cantar... ya cantaré,
pero, antes, te repito
que enterarme necesito
de tu respuesta.
Rosa — No *sé*.
Biel — Contesta antes de que Boy...
Rosa — He estado tan distraida.
Biel — Eso se piensa enseguida.
Boy — (*Desde la cueva*).
¡¡Diablo de Biel!!
Biel — *(Asustado)*
¡¡Allá voy!!
(Biel desaparece por la trampa)
Rosa — ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre cantor!
Me apena y me hace reir.
Si, sí; le voy a decir
que ya no piense en mi amor.
Sé que el pobre va a sufrir
pero... será lo mejor.

ESCENA XI.

ROSA y ARNAL.

Arnal — ¿Se ha marchado?
Rosa — Eres tú, Arnal?
Arnal — ¿Estás sola?
Rosa — Sola estoy.
Arnal — ¿Y tu padre?
Rosa — En pos de él voy.
Ha poco se fué al ferial.
Arnal — Pues vete a buscarle allí
y dile que venga al punto;
que he de hablarle de un asunto
del Barón de Vallgorguí.
Rosa — Y dime, ¿donde estuviste

desde aquella tarde hermosa
del bosque?

ARNAL ¡No sabes, Rosa,
lo que por tí he suspirado!

ROSA ¡Está Olot, sin tí, tan triste
y su cielo tan nublado!

ARNAL ¿Y yo, mi amor, mi ilusión?
¿Sabes como te añoraba?
Cada instante que pasaba
era un ¡ay! del corazón.
Solo calmaba mi mal
tu nombre—todo alegría—
tu nombre que el ama mia
en silencio repetía:
¡Oh! Rosa, Rosa-María
y María del Rosal
y te he buscado en las flores,
y en la Virgen de la ermita,
y en la rosa ya marchita
del rosal de mis amores.
Y en el castillo encerrado,
cual clavel enamorado,
así, en su triste añoranza,
vivia tu amante fiel.

ROSA Si así vivía el clavel,
su rosa, aquí, de esperanza.

ARNAL ¡Oh! Sí, consérvala pura.
Tiene trabas nuestro amor
y nos embarga el dolor
y nos llena de amargura.
Más, ¿sabes que es un torrente?
Es cuna donde a juntarse
va el agua, para lanzarse
del campo por la pendiente.
Bajando por el atajo
que encuentra entre roca y roca,
si el agua que lleva es poca,

llega lejos con trabajo.
Pasando entre las montañas
aquí un juncal la detiene,
más allá la tierra viene
a absorverla en sus entrañas.
Eso pasa cuando es poca
el agua de la corriente,
Más cuando en golpe potente
se lanza de roca en roca,
las cuencas corre a llenar,
destroza el viejo pinar,
arranca el roble de cuajo,
busca en las cuencas su atajo,
y, sin nada respetar,
cual un potro desbocado,
el torrente desbordado
convierte al llano en un mar.
Así ocurre a mi pasión
que, desbordada, procura
arrasar, en su locura,
montañas, bosque y llanura,
para llegar con ventura
al mar de tu corazón.

ROSA ¡Ah! ¿Cuando podrás llegar
para calmar mi tormento?

ARNAL Se está acercando el momento;
ten valor para esperar.

ROSA Y ¿acabará mi amargura?

ARNAL Sí, acabará, Rosa mía;
y a eso vengo a la herrería.
Corre a la feria y procura
que venga tu padre.

ROSA Al punto.
Pero dime, ¿para qué?

ARNAL Más tarde te lo diré
Sabe que obro en buena fé
y que a tu bien vá el asunto.

(Sale Rosa contenta y alegre)

ESCENA XII.

ARNAL y el BARON.

ARNAL ¡Pobrecilla! Siempre en pos
de lo que, amante, le diga.
¡La trama de aquesta intriga
no tiene perdón de Dios!

BARÓN (*Entrando*).
¿Está el daguero?

ARNAL Ahora ella
se fué a buscarle al ferial.

BARÓN Fingir es lo principal;
lo demás toca a mi estrella.
El daguero está reñido
con el herrero vecino,
y esto anticipa el camino
para el plan que he concebido.
Procura ser precavido,
no salga la empresa vana.

ALNAL Señor, mi mente no es lerda.

BARÓN Tendrás la escala de cuerda
preparada en la ventana.

ARNAL Más, si él la llave ha guardado,
entonces...

BARÓN Ya lo veremos.

ARNAL Por la puerta no podremos.

BARÓN Podremos por el tejado.

ARNAL ¡Pcht!...

BARÓN ¿Que?

ARNAL Que se me ha antojado
ver allí al daguero.

BARÓN El es.
Procura estar muy cortés,
descubierto y a mi lado.

(*Quedan en situación respetuosa de amo y criado*).

ESCENA XIII.

BABON, ARNAL, JORGE

JORGE (*Entrando*)
¡Oh! Señores, yo no acierto...
¿Vosotros en esta casa?
BARÓN Por lo visto no es escasa
vuestra sorpresa.
JORGE Por cierto.
Como en más de una ocasión
os vi con el otro herrero,
no creo que de daguero
vos cambies, sin razón.
BARÓN Si así fuera...
JORGE No os daría
puñal, espada ni daga.
Reñí con él: no podía
soportarle. Es una plaga,
charlotea todo el día.
Y teniendo yo mis manos
no quiero que luego diga
que, valido de una intriga.
le robo los parroquianos.
BARÓN No lo dirá. Por la paga
de una daga
que hace días le he encargado
ahora un pleito me ha entablado
para que le satisfaga.
Y yo, que pagar no quiero
a un daguero
que cumple como un villano
y muestra orgullo tan fiero,
le dejo sin parroquiano,
sin trabajo y sin dinero.
JORGE ¿Y no le pagais? ¿Por qué?
BARÓN Yo, sólo en ley, satisfago.

Arma buena le encargué;
el arma es mala, y no pago.

JORGE — Lo extraño, porque el trabajo
deja de sobras pulido.
Es un daguero entendido
y un buen herrero en el tajo.

BARÓN — Mucho, no siendo su amigo,
le alabais.

JORGE — Nunca en mi vida
he dicho cosa mentida
de amigo ni de enemigo,
Cuando yo la muela esa
no tenía, iba al molino.
Allí, por una futesa,
discutí con mi vecino
y reñimos; más, amigo
o enemigo,
soy imparcial y sereno;
Si es bueno, digo que es bueno;
si es malo, también lo digo.
Yo soy franco, y no me anima
a mentir la enemistad,
que, para mí, la verdad
—como el aceite—vá encima.

BARÓN — Será como vos decís,
pero, buen daguero o no,
no ha cumplido.

JORGE — Si él faltó...

BARÓN — Vengo a ver si vos cumplís.
Con eso os llega a las manos
una fortuna; cogedla.
Yo quiero una daga. Hacedla,
y seremos parroquianos.
Preparad, pués, el martillo,
que habrá trabajo de sobras
porque tengo que hacer obras
de herrería en mi castillo.

JORGE — Oh, señor; merced tan bella
no puedo despreciar yo.
Si vuestro herrero faltó...
que él pague su mala estrella.

BARÓN — Según mi criado, vos
sois el mejor de los dos.

JORGE — Dios le pague merced tal.
Más por cierto que mintiera
si otra cosa vos dijera
paje que os es tan leal.
Porque es más clara que el agua
la fama de mi herrería.
Del hierro, que cada día
sale rojo de esta fragua,
armas suelo fabricar
tan buenas y tan de ley
que hasta puede el mlsmo rey
mis trabajos admirar.
Hago, a golpe de martillos,
—sin que nadie me dé quejas—
de hierro dulce las rejas,
aldabones y pestillos,
resistentes cerraduras,
y bocados y herraduras
y mosquetes y cuchillos.
Y en cuestión de daguería
hago, como buen daguero,
dagas de tan fino acero
que, del rey el propio armero
de Toledo, envidiaría.
En espadas, eso sí,
él no encontrará rivales,
más las dagas y puñales
no los templa como aquí.

BARÓN — Ya es mucho.

JORGE — Pues no exajero.
Y, si a la fama escuchais,

veréis como no encontrais
en Olot otro daguero
que os venda mejor acero.

BARÓN — *(Dándole la daga)*
Veremos que tal la deja
vuestra mano. Ved la daga.

JORGE — Sirvo bien a quién me paga
y no recibo una queja.

BARÓN — Mirad que yo sé apreciar
los trabajos que son buenos.

JORGE — Contento habéis de quedar.

BARÓN — Siendo así, no he de parar
en libra más, libra menos.
Quiero un arma bien templada
que clave donde le acoja.

JORGE — *(Examinando el arma)*
El mango es bueno... La hoja
sí, debe ser cambiada.

BARÓN — De muy buen temple la quiero.

JORGE — Será un arma de batalla.

BARÓN — Si encuentra cotas de malla...
que pase mallas de acero.

JORGE — Justamente este es el crédito
de nuestra herrería.

BARÓN — ¿Sí?...

JORGE — Por eso el acero, aquí,
es lo que deja más rédito.
¿No conocéis la canción?

BARÓN — No, por cierto.

JORGE — Es una historia
que guarda fiel mi memoria.
Si me prestais atención...

BARÓN — Os escucho entusiasmado.

JORGE — Mi padre, que esté en la gloria,
—pues ha tiempo que murió,—
vivió siempre tan honrado
como honrado vivo yo.

Mi propio martillo usaba,
la misma fragua encendía,
el mismo yunque tenía,
y, mientras el hierro ardía,
él, al forjarlo, cantaba:
Repica que pica,
haz dagas, daguero;
haz dagas, si quieres
ganar buen dinero.
Muy pronto la fama
su nombre extendió
y, en pos de sus dagas,
la gente llegó.
Un día, entre muchos,
llegó un caballero.
—¿Sabéis, buen daguero,
de dagas que pasen
las mallas de acero?
—Si vos lleváis mallas
aquí se verá.
Clavaos la daga
que roja saldrá.
—Hacedme, pues, una.
Su puño, daguero,
le quiero
muy bien cincelado.
Y, si es como espero
su acero,
sabed que seréis bien pagado.
Temblando en su bolsa
el oro trincaba.
Mi padre, al oirlo,
contento cantaba:
«Afila, que afila,
haz dagas, daguero,
haz dagas que pasen
las mallas de acero.»

Mientras trabajaba
prestaba atención
a su hija, que hilaba
allá en el rincón.
El noble con ella
se puso a parlar.
Mi padre, intranquilo,
siguió su cantar:
«Afila, que afila,
haz dagas, daguero,
haz dagas que pasen
las mallas de acero.»
Mi padre velaba,
velaba su honor,
y, en tanto afilaba,
cantaba mejor.
La moza murmura
un débil reproche:
—¿Lo exiges?—Lo quiero.
—Pues aquí te espero
con la puerta
abierta,
hacia media noche.
El padre, con pena
la escucha callando.
La muela giraba
a un tiempo cantando:
«Afila, que afila,
haz dagas. daguero,
haz dagas que pasen
las mallas de acero.»
El dia se apaga.
La noche ha llegado.
El padre escondido
espera el momento
de verse vengado.
Y empuña la daga,

la daga de acero escogido,
la daga del pomo labrado.
Al fin dan las doce;
rumor de unos pasos se advierte;
ya gira la puerta entornada...
¡y queda la daga clavada!..
¡Muy bien ha cantado a la Muerte!
—¡Oh, padre! ¿que has hecho?—
La moza llorando gritaba.
—Cumplir mi deber de daguero.
Probé si mi daga pasaba
las mallas de acero.
Así fué la moza
salvada en su honor,
Y el padre vengado
cantaba mejor.
Y tanto a escucharle
yo puse atención,
que olvidar no puedo
la vieja canción.
«Afila, que afila,
haz dagas, daguero,
haz dagas que pasen
las mallas de acero.»

BARÓN (¿Tendrá la copla intención?)
ARNAL (Se vé que es hombre de agallas.)
JORGE Bien probó en esta ocasión
mi acero, que pasa mallas.
BARÓN Veremos si será así.
JORGE Servido seréis, de sobras.
BARÓN Pues contad ya con las obras
del castillo Vallgorguí.
JORGE Tanta merced...
BARÓN La merece
quien domina arte tan fino.
JORGE Según dicen el pollino
al ver la carga entristece.

A ese refrán no me aferro
pues no se lo que es cachaza.
Pronta está siempre mi maza
para hacer gemir al hierro.
Marchaos, pues, confiado.

BARÓN De hombre honrado disteis muestra.
El castillo es casa vuestra.

JORGE En la vuestra habeis estado.
Y, aunque humilde, yo os lo digo,
nunca en casa tan honrada
hallásteis mesa brindada,
mejor lecho y buen abrigo.

BARÓN Mil mercedes,

JORGE Franco y llano.
Si gustais podeis probarlo.
Soy rudo, no he de negarlo,
más llevo el alma en la mano.

BARÓN (Ya soy su amigo. En seguida
vendré por ella.) Es ya tarde
y he de partir. Dios os guarde.

JORGE Dios os guarde.

BARÓN (Ya he ganado la partida.)
(Sale seguido de Arnal)

ESCENA XIV.

JORGE y ROSA

JORGE Buena gente, cierto estoy;
alma abierta y gran franqueza.
Si así es toda la nobleza
soy su amigo desde hoy.

ROSA Padre...

JORGE ¿No sabes?

ROSA ¿Qué pasa?

JORGE Pasa que soy el herrero
del castillo Vallgorguí,

Hace poco estuvo aquí,
a honrarme en mi propia casa,
el barón con su escudero.

ROSA ¿Decís que estuvo?

JORGE Un buen rato.

ROSA Y ¿qué os dijo? (Si supiera...)

JORGE Pues que una daga le hiciera
antes de cerrar el trato,

ROSA Y ¿nada más?

JORGE No. ¿Por qué?
¿Qué más tuvo que decir?...

ROSA Oh, no nada... yo que sé...

JORGE Ahora procura salir,
que luego te avisaré.
Boy espera mi llamada
pues creo tiene que hablarme.

ROSA Cuando querais... con llamarme ..

JORGE Ya lo harè.

ROSA (*Saliendo*)
(¡No dijo nada!)

ESCENA XV.

JORGE y BOY que sale por la trampa

BOY ¡Hola, Jorge!

JORGE ¿Me has de hablar?

BOY Sí, Jorge, tengo que hablarte.

JORGE Pues procura aprovecharte
que luego te han de estorbar.

BOY Es el caso como ves,
que mi juventud se ha ído.

JORGE Lo supongo.

BOY ¡Claro!

JORGE ¿Y pués?...

BOY Los setenta ya he cumplido
y, como el verme soltero

y solo, me aburre un poco...
el casarme he decidido.
¿Qué opinas?...

JORGE — Que tú estás loco.

BOY — ¿Qué?... ¿Qué?... ¿Loco? Espera... espera.
Quizás no lo sea tanto
si te hablo de ella, de cuanto,
de como y de qué manera.

JORGE — Explicate.

BOY — Poca cosa,
y dicha está en un momento:
que me casaré contento
y que la novia es... tu Rosa.

JORGE — ¿Qué dices, Boy?

BOY — ¿Te conviene?
¿Ves, hombre, como has juzgado
mi parecer acertado?

JORGE — ¿Sabes los años que tiene?

BOY — Diez y siete. Edad preciosa;
porque tu ya has de saber
que el marido debe ser
más crecido que la esposa.

JORGE — Boy te escucho y no te creó.
Me parece que bromeas,
que bromeas... o chocheas.

BOY — Te lo juro. No chocheo.

JORGE — Pero ¿estás loco?

BOY — ¿Por qué?

JORGE — Porque ella va a principiar
a vivir, y ha de bailar
y reir...

BOY — Y bien... lo sé.

JORGE — Más, ¿te puedes figurar
que contigo ha de bailar?

BOY — Bueno; que baile con otros.
Estando acordes nosotros.
¿Quién nos puede criticar?

JORGE Boy... tu locura se aumenta.
¿Crees que su corazón
sentirá por tí pasión?

BOY No importa que no la sienta.
El ser zurdo es mi manía;
cada cual es como es.
Yo quiero todo al revés.

JORGE Es que ni al revés sería.
Estás viejo para eso.
¿Crees que podrá tu amada
besar tu cara arrugada?

BOY Que no me dé ningún beso.

JORGE Entonces, ¿que bien te abona
el que la puedas lograr
si no le puedes brindar,
como solaz ni recreo,
ni el llevarla de paseo?

BOY Bien se puede pasear
con la abuela Teresona.
Y aún te voy a decir más:
si casa conmigo Rosa,
mi casa es grande y hermosa,
¡ya verás!
La parto de buen talante,
y Rosa vive delante
y yo en la parte de atrás.

JORGE Pero si eso llega a ser,
si la quieres para esposa
y nunca estás junto a Rosa
¿para qué quieres mujer?

BOY Bien clara está la razón:
Para en la vida guiarla
y, cuando muera, dejarla
lo que guardo en un rincón.
Para decirla en derecho:
—¡Así no serás dichosa!
Por eso quiero a tu Rosa

por esposa.
Si tu quieres... ya está hecho.

JORGE (*Conmovido*)
¡Boy!...

BOY ¡Jorge!...

JORGE ¡Ven a mis brazos!

BOY ¿Me despides?...

JORGE ¡Ven aqui!...

BOY ¡Ah! Eso siempre. Yo... por mí...

JORGE Ven aquí y aprieta fuerte.
¡Ya, desde hoy, ni la Muerte
podrá romper estos lazos!

BOY Si, Jorge, tienes razón;
abrázame fuerte, abraza.

JORGE Forjas hierro con la maza
y oro con el corazón.
Comprendo tu buen intento,
y, si no esposo, serás
su padre, pues quedarás
tutor, por mi testamento.

BOY ¿Y, así, la podré guiar?
¿Y, así, reñirla me dejas?

JORGE Si no escucha tus consejas
puedes como padre obrar.

BOY Pues ya estoy contento, ¿vés?
¿Dónde está? Principio ahora.

JORGE ¡Oh! ¿Tan pronto?

BOY Sin demora.
Ya te contaré después.
Tú sabes como la estimo
Se ha criado en la herrería,
y pensando que podría.
perjudicarle este ambiente
vivo intranquilo, impaciente,
y ni alzo el mazo ni limo.
(Ah, si supiera además
que yo he visto en la montaña...)

JORGE — Dí; ¿que pasa, que te extraña?
BOY — Algún día lo sabrás. *(Se vá)*

ESCENA XVI.

JORGE y BIEL

JORGE — ¡Pobre Boy! Es viejo... es viejo.
BIEL — *(Saliendo por la trampa)*
Mi amo.
JORGE — ¿Qué quieres, Biel?
BIEL — Vengo a pediros consejo
sobre un mozo a quien protejo.
JORGE — ¿Y vienes?...
BIEL — A hablar por él.
JORGE — Muy bien, más, vamos con pauta
y explícate. Ya te escucho.
¿Quién es él?
BIEL — Quien no hace mucho
os hizo escuchar su flauta.
JORGE — ¡Ah! ¿El cancionero?
BIEL — La fama
solo ha extendido su apodo.
JORGE — Pero él se llama a su modo.
BIEL — Pedro Pablo. Así se llama.
JORGE — Y, ¿qué quiere ese muchacho?
BIEL — Un favor; pues, según veo,
la calabaza yo creo
que ha de producirle empacho.
Y, en asunto de tal clase,
puesto que tanto le abona
ha buscado... una persona...
de respeto, que os hablase.
JORGE — ¡Ah! Ya... ¿Y te ha buscado a tí?
BIEL — Sí, mi amo.
JORGE — Ya me agrada.
BIEL — Siendo una persona honrada
ya es persona.

JORGE — Dí que si.
BIEL — Como vos habreis notado
a Rosa le hago el amor.
Ya le he traído una flor,
ya una cruz le he regalado,
ya, como hoy, le he comprado
una sortija...
JORGE — Bien, sí.
BIEL — Pero eso que veis aquí
en más de alguna ocasión,
no es, en mi, loca pasión,
ni amorío, ni cortejo,
ni que la pretenda, no;
porque, en esta cuestión, yo,
por otro es por quien festejo.
JORGE — ¡Mal rayo! Así yo decía,
¿de donde saca el dinero?
BIEL — ¡Pues claro!, del cancionero.
Es por él por quien lo hacía.
El me conocía a mí
y, como es amigo viejo,
y él sabe que le protejo...
JORGE — ¡Ah! ¿Tú le protejes?
BIEL — Sí.
Ya dice el refrán aquel
que no existe hombre sin hombre.
JORGE — Ja... ja...
BIEL — Y, así, no os asombre
que yo os venga a hablar por él.
JORGE — ¡Ah! ¡Qué demonio de Biel!
BIEL — Cuando de mancebo estaba
en casa del otro herrero,
él, que era oficial primero,
ya casi no trabajaba.
Andaba malhumorado
y, al verme venir aquí,
el mozo me dijo así:

«Biel; un favor yo te exijo.
Y de fijo
que te ha de ser bien pagado.»
Sabed pués que a Rosa estima.
Y, como el pobre muchacho
está hecho un mamarracho
y no trabaja ni lima,
temiendo no le queráis,
me ha dicho: «Habla tu al maestro:»
Dad pues el permiso vuestro,
que se amen... y los casais.
Y si nada ha de sacar
de su flauta y su tañer...
ya lo podeis despachar
y que deje de tocar,
pues; ¿por qué tanto silbar
si el burro no ha de beber?

JORGE — Hombre... lo tendré presente,
porque el muchacho me agrada.
Es una persona honrada.

BIEL — Como pocas.

JORGE — Ciertamente.
En trabajar se dá traza.

BIEL — Maneja bien el acero.

JORGE — Y lima como el primero.

BIEL — ¡Oh, sí!

JORGE — Buen golpe de maza.

BIEL — Mucha idea.

JORGE — Ya lo sé.

BIEL — Cumplidor.

JORGE — Nada le apura,

BIEL — Es un poco criatura,
pero... ya le guiaré.

JORGE — Pues dile que venga luego.

BIEL — Bien, vaya; direis qne sí.

JORGE — Él que venga y me hable a mí.

BIEL — Pues a la feria me llego.

Después buscaré al amante,
os le traigo prontamente,
y, así, los dos frente a frente,
lo arreglais en un instante.
Mi discreción este paso
a vuestro acierto lo deja,
que del bosque yo sé un caso...
y él un caso de la reja...

JORGE ¿El bosque? ¿La reja? ¿Qué?...

BIEL Nada... Yo os quise decir
que deprisa habeis de ir.
Después la causa os diré.

JORGE Dímela ahora.

BIEL Ahora no.
Primero dad ese paso.
Lo de la dote, si acaso,
lo hablaremos vos y yo.
Como sin padre ni madre
se encuentra el pobre doncel,
de él me cuido.

JORGE ¡Bravo, Biel!

BIEL Pensad y obrad como padre.
Y, ahora... con Dios.

JORGE Vé con El.

(*Sale Biel con ademán grave y pausado*)

ESCENA XVII

JORGE, BARON, ARNAL y DOS PAJES, que traen tapicerías y varios paquetes.

JORGE El rapaz es despejado.
Habla como un hombretón.

BARÓN ¡Maese Jorge!

JORGE ¿Vos, Barón?

BARÓN En vernos no hemos tardado.

JORGE Aquí estáis en casa vuestra;
os lo dije y ya sabeis...

BARÓN — Al volver, creo que veis
que de aceptarla doy muestra.
Y vengo a por un favor...

JORGE — Para mi será un honor...

BARÓN — Obras hago en el castillo;
y, queriendo una sorpresa
brindar a la baronesa,
pensé en un medio sencillo.
Si, á donde en Olot se hospeda
mi abuela, mando traer
la hermosa tapicería,
ella la podría ver
antes de llegar su día
y, así, sin sorpresa queda.
Si la traigo a la posada
o, mejor dicho, al hostal,
pudiera serle fatal
el estar tan mal guardada.
Por lo tanto yo he pensado
que, si molesto no os era,
hacerlo desta manera:
traer aquí lo comprado
y mandaros un criado
que se quedase hasta el día,
encargado
del cuidado
de la tela.
Y, así, obrando con cautela,
no viendo nada mi abuela,
ya sospechar no podría...

JORGE — Es decir que su excelencia
desea...

BARÓN — Que duerma aquí
mi criado, hasta que...

JORGE — ¡Y sí!
Contád con nuestra prudencia.

BARÓN — Creo que en cualquier rincón...

mi criado...

JORGE Dad por hecho
que quedará satisfecho;
buena mesa, blando lecho
y muy limpia habitación.
Somos gente de herrería;
perdonad nuestra rudeza.
Rudos la fragua nos cría;
pan, vino, y muy buena cara,
que, aunque el carbón la enmascara
no la mancha en su nobleza.

BARÓN Vamos, pues, con el bagaje.
(A los pajes)
Traed la tapicería.
Luego haréis otro viaje.
(A Jorge)
Yo os pagaré el hospedaje.

JORGE Eso aquí no; en la hostería.

BARÓN Si no queréis, sea así;
ya os pagaré en oro igual.
Así, pues, ¿queda aqui Arnal?

JORGE Ya puede quedarse aquí.

(Arnal y los pajes han entrado, mientras tanto, con la tapicería, por una puerta lateral).

BARÓN Si hay favores que, al contado,
no se pagan con dinero...

JORGE Vaya en paz el caballero.

BARÓN Quedad con Dios, buen herrero.
(El primer paso está dado.) *(Se vá)*

ESCENA XVIII

JORGE y ROSA

ROSA ¡Padre! *(Se sienta a bordar)*

JORGE *(Abstraido)*
Verá el caballero

que, con mantel más sencillo,
lo mismo que en el castillo
sabe hospedar el daguero.

ROSA ¿Hablais solo?

JORGE ¿Eres tu, Rosa?

ROSA Os veo preocupado.
Alguna cosa ha pasado.

JORGE Sí, ha pasado, y buena cosa.

ROSA (Si me dijera lo que él
le ha dicho...)

JORGE *(Que ha cogido una hoja de daga y se acerca a la muela).*
Venme a ayudar,
o, sino... puedes bordar;
lo haré cuando venga Biel.

ESCENA XIX

Dichos y BOY

BOY ¡Buenas ferias, buenas, buenas!

JORGE ¿Se vende?

BOY Seis hoces van.

JORGE Por lo visto este año están
las escarcelas más llenas.

ESCENA XX

Dichos BIEL, RUBIO y cuatro o cinco oficiales, que irán entrando y poniéndose los delantales.

BOY Ya tenemos aquí a Biel.

BIEL ¡Oh; qué feria la de hoy!

JORGE Ya nos ha contado Boy.

BOY *(Buscando un hierro)*
Pues no encuentro el hierro aquel.

JORGE *(Dandoselo)*
Te dije a la derecha... ¿ves?

BIEL Es que el pobre no recuerda

que su derecha es la izquierda,
y todo lo hace al revés.

TODOS — Ja... ja... ja...

BOY — Mira, chiquillo,
que ya me estás fastidiando.
(*El Rubio viene cantando*).
Ya viene el Rubio cantando.

BIEL — Este canta como un grillo.

OFICIAL 1.º — ¡Dios os guarde!

BOY — Hola, Magin.

BIEL — Hola, Pedro.

OFICIAL 2.º — ¡Dios os guarde!

JORGE — Vaya, al trabajo, que es tarde.
A ver si le damos fin.
¡Ah! escucha Rosa.

ROSA — ¿Que pasa?

JORGE — Que tenemos forastero.

ROSA — ¿Un forastero?...

JORGE — Sí, y quiero
que dispongas bien la càsa.
De hospedarle dí promesa
y ha de quedar satisfecho.
Preparale, pues, buen lecho
y ponle un plato en la mesa.

ROSA — (¿Quién será?)

BOY — ¡Pronto! el martillo,
que ya está la plancha roja.

JORGE — Voy a afilar esta hoja.
Dale a la muela, chiquillo.

(*Biel dá a la muela y Jorge afila. Boy mete un hierro en el horno para mover el carbón. Los oficiales con los mazos esperan junto al yunque*).

ROSA — Escuchad, padre.

JORGE — ¿Qué hay?
¿Con qué embajada me vienes?

ROSA — El forastero...

JORGE — Ahí le tienes.

ESCENA ULTIMA

Dichos ARNAL y los DOS PAJES que traen los paquetes y que se van.

ARNAL — Dios os guarde.
BIEL — (¡¡El!!)
RUBIO — (¡¡El!!)
BOY — (¡¡El!!)
ROSA — (*Al verle*).
(¡¡Ay!!)
ARNAL — (*Aparte*).
Disimula.
JORGE — ¿Qué?
ROSA — No... Fué
que, sin querer, me he pinchado.
JORGE — (*A Arnal*)
Ahora estoy muy ocupado;
perdonadme.
ARNAL — No hay por qué.
JORGE — Estais como en Vallgorguí.
Con la libertad de allí
obrad como os entre en gana.
BIEL — (¡¡El del bosque!!)
RUBIO — (¡¡ ...y la ventana!!)
BOY — (¡¡El del monte!!)
(*Los tres observan*)
ROSA — (¿Arnal aquí?)
JORGE — (*Cantando*)
«Afila, que afila,
haz dagas, daguero,
haz dagas que pasen
las mallas de acero.»
BOY — (Observaré)
BIEL — (Observaremos)

(*Arnal que ha cogido una silla, se sienta junto a Rosa, y le dice:*)

ARNAL Muy bien borda la doncella.
ROSA Plata y oro.
BIEL (¡¡Habla con ella!!:)
(La campana dá la una)
BOY La una, amigos; comencemos.

(Los operarios se preparan. Boy coge la cuerda del fuelle. Rosa borda conmovida mirando de reojo a Arnal. Biel dá a la muela y canta. Maese Jarge, finaliza el acto cantando su canción).

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA I.

ROSA, ARNAL, JORGE, BOY, BIEL, EL RUBIO y todos los operarios. Los dos enamorados uno a cada lado de la escena. Los herreros alrededor de Maese Jorge, que figura acaba de contarles una rondalla.

JORGE — La tonada he de encontrar.
BIEL — Buscad bien en la cabeza.
BOY — Cállate tú, mala pieza.
JORGE — Callad... dejadme pensar.

(*El piensa*; *todos esperan que encuentre la tonada*).

ROSA — (¿Qué le ocurrirá? ¡Oh! Agravios
tienen que ser ¡Virgen pura!
(*Mirando a Arnal*)
Este gesto de amargura
nunca se vá de sus labios)
ARNAL — (Al mirarlos los encuentro
de alma tan noble y precita
que no, no puedo. Me grita
la voz del remordimiento)
JORGE — Ya la encontré.
BIEL — ¡A ver, a ver!
BOY — Calla.
BIEL — Es que...

BOY ¡Calla, que es tarde!
Parece que, Dios nos guarde,
te han dado lengua a comer.
JORGE Si, la tonada así empieza.
ARNAL (*Levantándose*)
Hasta luego.
JORGE ¡Oh! perdón.
¿Quizá yo con mi canción
os dí dolor de cabeza?
ARNAL No. Ya estaba mareado.
JORGE Bien, vaya. La cosa es fija.
Estando junto a mi hija,
—el hecho es muy natural,—
tenéis que estar contagiado
de su mal.
ARNAL ¡Oh! No temáis...
JORGE Si se vé.
Pero luego la hablaré.
Como buhos, todo el día
os veo por los rincones.
BIEL Si. Y.... en oyendo canciones...
BOY Calla.
(*Le dá un golpe*)
BIEL ¡¡Ay!!
JORGE ¡Dichosa alegría!
¿Qué tienes? Dí, ¿qué te pasa?
BOY (Como buen padre está ciego).
BIEL (Ya principiamos el juego).
JORGE Tú has vuelto triste esta casa.
(*Yendo hacia ella*)
¡Si no te vás!...
ROSA (*Apartándose asustada*)
¡¡Ay!!...
BOY (*Deteniéndole*)
¡Detente!
JORGE Vete; sal pronto de aquí,
y mientras estés así

no te me pongas enfrente.

(*La moza recoge tristemente su labor y se vá*)

ARNAL (Pobre Rosa)

JORGE ¿No es penar
verla siempre sollozar
y sufrir y meditar?
¿Qué es lo que tiene? ¿qué es?
En fin; me voy. ¡Ah! Después
contigo, Boy, he de hablar.

ARNAL Maese Jorge; no os disguste
la tristeza que me invade.
No es que el trato no me agrade
ni que la casa me enfade
ni que el comer no me guste.
Mi mal es claro y sencillo;
me entristecen los viajes.
Hecho a vivir con los pajes
y acostumbrado al castillo...
(*Se vá*)

BOY (Sabe hallar buenas razones)

BIEL (*A Boy*)
Es muy listo. ¿Verdad Boy?

JORGE Vaya, ¿vés? Lo que es por hoy
se acabaron las canciones.

BOY No, hombre, no. Cántala, pues.
¡Sólo eso nos faltaría!
La canción, dí, ¿cómo hacía?

JORGE Ya la cantaré después. (*Se vá*)

ESCENA II

Los mismos menos JORGE

BOY (*A los operarios, con misterio*)
¿Le visteis?

TODOS Si.

BOY Hay que salvarlo,

y ya sabéis...

RUBIO — Entendido.

BOY — ¿El plan habéis comprendido?

BIEL — ¿Otra vez váis a explicarlo?

BOY — ¿Por qué no? ¿Y... qué pasaría?

BIEL — Mil veces lo habeis contado,
conque... una más...

BOY — (*Cogiéndole la oreja*)
¡Deslenguado!
¡Ah! ¡Te cogí!

RUBIO — Lo sabía

BIEL — ¡Ay, ay, ay! Pensad que...

BOY — Mira:
para que sepas mejor
que es el oficial mayor
quien las orejas te estira...

BIEL — ¡Ay! ¡Ay!

BOY — ¿No véis que postura?

TODOS — ¡Ja, ja!

BOY — Quisiera pegarle,
pero con sólo mirarle
en tan extraña figura...
¡si de pegarle no hay modo!

BIEL — ¡Hay que aprender a vivir!

BOY — ¿Es que aún te piensas reir?

BIEL — ¿Yo?...

BOY — ¡Tú, si, metomentodo!

BIEL — ¡Alto aquí! Deciros debo
que esto el límite propasa.
Siempre, en todo cuanto pasa,
tiene la culpa el mancebo.

BOY — ¡Pues, es claro!

BIEL — Como el agua.
Pero tened entendido
que siempre el mancebo ha sido
considerado y tenido
por el bobo de la fragua.

Desde el día en que se mete
a aprendiz, limpio de cara,
hasta que se la enmascara
no habre boca el mozalbete
y, así, nadie en él repara
y nadie le compromete.
Pero ya llega el momento
en que, del carbón manchado,
tornándose descuidado,
y, sucio, y enmascarado
vive feliz y contento.
Ya, desde el instante aquél,
aunque en nada haya faltado,
de todo cuanto ha pasado
¿quién tiene la culpa? Él.
¿Vá el herrero a trabajar
y llega de mal humor
a causa de un desamor
de una moza del lugar?
Pues... ojito en el soplar.
Y, claro, le ha de pegar,
si es que canta, por cantar;
y, si no, por su modorra;
si charla: ¡Calla, cotorra!
si calla: ¡charla, mochuelo!
Y, así, de su desconsuelo
por aquel amor infiel,
¿quién paga la culpa? Él.
Si ocurre que en el porrón
el vino se ha concluido:
—El aprendiz lo ha bebido.
¡Y allá va un buen pescozón!
Que el amo un día se queja
o se halla de mal cariz:
—Ya ha expiado el aprendiz.
¡Vaya un tirón de la oreja!
¿Qué el amo grita enfadado?

—Ya el aprendiz la ha contado...
Y hasta del tiempo nublado,
o el calor, si el sol aprieta,
ha de dar cuenta completa
el aprendiz desgraciado.
Y aquí cae un bofetón,
y allí cae un pescozón,
y allá un soberbio tostón
de una mano despiadada
que se le lleva arrancada
media oreja de un tirón.
A uno le gusta pegarle,
a otro le gusta gritarle,
a otro le gusta arrancarle
la nariz.
Y, así, como una pelota,
bota, que bota, que bota,
va viviendo el aprendiz.
Y el aprendiz, ya avispado
de donde le dá la gana,
porque del cuello la lana
a golpes ya le han quitado,
se vuelve pillo, embustero,
gandul, astuto y artero,
goloso y enmascarado,
curioso e insoportable,
por que así sea acertado
que el aprendiz, ya avispado,
de todo sea el culpable.

TODOS ¡Bien! ¡bien! ¡Muy bien!
RUBIO A fe mía.
BOY No se puede hablar mejor.
Si fuera predicador
hasta el púlpito hundiría.
BIEL ¿Quién? ¿yo? Lo mismo os haría,
con toda la maestría
de un artista

de herrería,
una sierra o un escoplo,
como también serviría
de organista.

BOY ¡Ah! ¿Si?...

BIEL ¡Claro! El fuego soplo.

RUBIO Bien, pero, vaya. Acabemos.
¿qué hay que hacer?

BOY ¡Ay, votaván!
¿No hemos combinado el plan?
pues ese plan seguiremos.
Preparad bien la ratera,
para que caiga el ratón.
¡Que no nos falle la caza!
Si grita... al aire la maza,
y ahogad la voz del barón.
Ahora... a cenar, que conviene
que enseguida estéis aquí.
Bajád a la cueva. Allí
obraréis... como yo ordene.

RUBIO ¿Y los vecinos... la gente
al escuchar que picamos?

BOY ¡Oh! Pensará que velamos
para algún encargo urgente.
Obrad con tacto y acierto.
¡Ah! La entrada por el huerto.
Y a ver si os dais buena traza.
Id con Dios.

VARIOS Con él quedáos.

BOY Cenad bien, y preparaos
a dar principio a la caza.
(*Salen los operarios*)

ESCENA III.

BOY y BIEL

BIEL Os voy a contar un hecho
más raro y más misterioso.

BOY — Hasta ponerme nervioso
no has de quedar satisfecho.

BIEL — ¿No queréis saber lo que es?
¡Si no podéis escucharme
sin soltarme
un bofetón de revés!

BOY — Bien, vaya, cuentalo, pues.

BIEL — Y si os lo digo; ¿de verás
me prometéis no pegar?

BOY — Si; y además te he de dar
cuatro cuartos para peras.

BIEL — (*Con misterio*)
Este criado...

BOY — ¿Te extraña?
Es aquel que el Rubio vió
junto a la reja; el que yo
me he encontrado en la montaña
hablando con Rosa.

BIEL — ¡Oh!
¿Quién os ha dicho que es él?

BOY — Yo, que ni un punto he dejado
de vigilar al criado.
Soy más listo que tú, Biel.

BIEL — Miráis como un estornino.
En ese caso, quizá,
no dudo que sabéis ya
lo que anoche vi.

BOY — ¡Ah, ladino!
¿De manera que tú has visto?...

BIEL — ¡Uy! ¿Lo que he visto? Je... je...

BOY — (Debe ser lo mismo) ¿Qué?

BIEL — Y... los cuatro cuartos?

BOY — ¿Eh?...
Si no cuentas como fué
de dartelos ya desisto.

BIEL — Anoche a la madrugada,
oí un rumor misterioso:

Entonces yo, receloso,
me levanto presuroso
sin decir a nadie nada
y sigo por el pasillo
que del cuarto viene aquí,
cuando, a lo lejos, oí
dar tres golpes de martillo.
Me extrañaron doblemente
los tres golpes escuchados
porque en el yunque, eran dados
de la herrería de enfrente.
No hago caso y aquí vengo;
más, de pronto, me detengo
sorprendido. Por fortuna
entraba un rayo de luna
por el ventano de aquí
y, a su luz, bien clara ví
la figura del criado
que ha dejado
aquí hospedado
el Barón de Vallgorgui.
¿Que hace—pensé—este hombre aquí?
Sin saberlo no me quedo.
Y veo que él con cachaza
levanta al aire la maza,
la baja y dice: «¡Ay, no puedo!»
Entonces tres martillazos
a lo lejos se oyen dar.
El, dispuesto a contestar,
quiere levantar los brazos,
no puede y rompe a llorar.

BOY — ¿Y esto es lo que has visto, chico?

BIEL — ¡Ah! ¿Con que vos...

BOY — ¡Votaván!
¿Pués por qué preparo el plan
si no por eso, borrico?

BIEL — Dadme unas explicaciones...

BOY ¡Oh! no, no: déjame, vé.
BIEL Vos me prometisteis que...
BOY No estoy para más canciones.
BIEL Pues porque me decis: «charla»
BOY Si vuelves a hablarme así,
de una bofetada, aquí
te rompo la cara.
BIEL ¡Ah! ¿Si?
pues, si queréis, podéis darla.
BOY Vete, vete. A ver: ¿las manos
aún las tienes tan cochinas?
BIEL Cumplí el encargo con creces.
BOY ¿Te las lavaste?
BIEL Tres veces.
BOY *(Mirándolas)* *(Pausa)*
Bueno, vaya. Ya están finas.
BIEL ¿Y, ¿para qué?
BOY En el momento
preciso, sabrás por qué es.
BIEL ¿Y...?
BOY ¿Qué?
BIEL ¿Los cuartos?
BOY Después.
BIEL ¡Ah! No. Pues no os los descuento.

(Pone un mazo con disimulo en el suelo para que tropiece Boy)

ESCENA IV

BOY solo.

(Al volverse hacia la fragua tropieza con el mazo)

¡Diablo de criatura!
Mirad que es entrometido.
(Mirando hacia la puerta)
¡Hola! ¡Jorge que ha venido!
A ver que quiere y... cordura.
Si el supiera lo tramado..
Si yo hablase... ¡ca, ca, ca!
Entonces él... ¡sha, sha, sha!
No... psit, ¡bah! Bien he obrado.

Es preciso ser prudente,
que no hay arma tan segura
como la de la cordura.
Y, así, estoy por mi consejo:
que entre en la trampa el conejo
y después... ¡ñac!... ¡ñac! .. ¡buen diente!

ESCENA V

JORGE y BOY

JORGE — ¡Hola, Boy! ¿qué? ¿Sólo estás?
BOY — Sólo estoy, a lo que veo.
La muela y la fragua creo
no son gente.
JORGE — Pues verás.
BOY — Habla.
JORGE — Desde tu niñez,
—cuando mi abuelo aún vivía,—
trabajas en mi herrería
y conozco tu honradez.
Creo, pues, me has de apreciar
con mira tan cariñosa,
que yo jamás hago cosa
sin venirte a consultar.
BOY — Sigue hablando. Por ahora
principias bien. ¿Que te pasa?
JORGE — Que hay un secreto en mi casa
que he de saber sin demora.
Mi Rosa que, no hace un mes,
era la alegría pura,
se ha vuelto un mar de amargura,
como tú mismo ya ves.
Por lo que me dijo Biel
creí posible y certero
que amaría al cancionero,
pero, ca, no... no era a él.
Ni en él ha pensado Rosa

ni su tañer le interesa.
¡Yo no sé que cosa es esa
que la tiene pesarosa!

BOY Y bien, ¿qué quieres decir?

JORGE Que averigues lo que tiene
y veamos si conviene
un mal mayor prevenir.

BOY ¿El mal? Lo sé. ¡No te asombre!

JORGE ¿Tú lo sabes, Zurdo?

BOY ¡Bah!
Tan bien como tú el *pe a pa.*
¡Para algo es útil un hombre!
Yo, como oficial mayor,
llevo mi trabajo al día;
y, junto con la herrería,
te guardo hija y honor.

JORGE Asi, pues, del pesimismo
que el alma de Rosa llena,
de su llanto y de su pena:
¿quién es culpable?

BOY Tú mismo.

JORGE ¿Yo, dices?

BOY Si, tú. ¡Mal trueno!
Tú que, por lo que me explicas,
tu misma vida complicas
por tan honrado y tan bueno.
Y no hay cosa que más pierda
que el hacerlo todo a derechas,
porque las cosas bien hechas
solo se hacen con la izquierda.
¿Ves a tu hija llorar?
Pues tú, sin querer mirar
más allá de tu horizonte:
—¿A dónde vas, Rosa?—Al monte.
Y allí la dejas marchar.
Viene un noble a tu herrería,
y tú, sólo por probar,

que, si un noble cierto día
vino tu honor a manchar,
sabes la ofensa olvidar;
tomas un acuerdo... sabio,
tu bondad todo lo allana
y no pensando en tu hermana,
vuelves favor por agravio.
Pues, no. Si te viene a hablar
un noble que no es honrado,
ni el noble, ni su criado,
ponen los pies en tu hogar.
—¿Que no puede obrar así
quien digno y honrado es?
Pues tú sí; y hazlo al revés
y a zurdas; creeme a mí.
Y así salvarás a Rosa
a tu dicha y a tu honor,
y evitarás el dolor
de ver tu hacienda ruinosa.
Pues, si obrar bien cuesta tanto
y al fin triunfan los viles
y los buenos caen a miles
sin consuelo a su quebranto,
el ser bueno es un absurdo
y el no serlo es una suerte.
Lo sostendré hasta la muerte,
y moriré siendo zurdo.

JORGE — Sorprendido me has dejado
Dime, Boy: ¿Qué pasa aquí?

BOY — Déjame el asunto a mí,
que ya tengo el plan tramado.
Si supieras... No conviene.
Gritarías... matarías...
y todo, todo lo harías
menos lo que hacer se tiene.
Que cada cual se espabila
en sus casas, me dirás.

Pero no te digo más;
vuélvete astuto y... vigila. *(Se vá)*

ESCENA VI

JORGE solo.

Vigila:—dice, y se queja
de que al bosque vaya Rosa.
Habla después de otra cosa,
y me riñe y me aconseja,
probando que mal he obrado
admitiendo al forastero
que es paje del caballero.
¿Será quizá que el criado?...
Si... que él ha hablado después
de mi hermana y de aquél día...
¡Pobre de él! Lo tendería
de un martillazo a mis pies.
No... no creo. Es hombre honrado.
Pero Boy dice: ¡Vigila!
No tendré el alma tranquila
hasta saber qué ha pasado. *(Vase)*

ESCENA VII.

BIEL y ANA

ANA ¡Ave María Purísima!
BIEL (*Trayendo la linterna*)
¡Madre y reina celestial!
ANA La señora baronesa...
BIEL ¡Ay! Voy corriendo a avisar...
ANA No, mira...
BIEL No me toquéis.
ANA No avises; mejor será.
Que quiere la baronesa
conmigo a solas estar
en la herrería un momento.
BIEL Bueno; pero sin tocar.

¿Lo véis? Ya me habéis manchado.
ANA — Tienes razón. Es verdad.
BIEL — ¡Oh! Los mancebos estamos
hechos de pasta especial
«Mira y no toques»
ANA — ¿De veras?
Y, dime: ¿conseguirás?...
BIEL — Esperaos un momento,
que al Zurdo iré a preguntar.
ANA — Dile que nos dejen solas
unos instantes, no más.
BIEL — Muy bien decís. (¡La señora
baronesa!... ¿que será...?) *(Se vá)*

ESCENA VIII.

ANA, BARONESA y DALMAU

BARONESA — ¿Ana?
ANA — Ya la mi señora
tiene su asiento arreglado.
BARONESA — No sé por qué me parece
que hoy tengo más fuerte el ánimo.
ANA — Es cierto; bien que lo observo.
Tiene el pulso acompasado,
la voz más alta y entera,
más firme y seguro el paso,
el respirar más tranquilo
y el rostro más animado.
BARONESA — Calla; que me aturdes, Ana.
ANA — Mi señora; ya me callo.
BARONESA — Anda, llégate a la puesrta;
dí que se vaya el criado.
ANA — Dalmau, puedes retirarte. *(Volviendo)*
Señora, ya se ha marchado.

ESCENA IX

BARONESA y ANA

BARONESA — ¡Ay, Ana, si tú supieras
mi corazón como está!

En casa de los marqueses
no podía respirar,
necesitaba esplayarme
y no podía... no... ¡Ay!
¡Señor, señor! Ya soy vieja.
soy vieja... muy vieja ya.
Si una vida tan honrada
se tiene al fin que infamar,
que no lo vean mis ojos,
que no vean la maldad.

ANA ¿Que le pasó a mi señora?

BARONESA Sí; tú no lo contarás.
Y, además, yo necesito
poder... poderlo explicar.
Volvía con los marqueses
del jardín, de pasear,
cuando oigo rumor de voces
detrás de un cañaveral.
Miro y veo que mi nieto
con sus amigos está,
y escucho como les cuenta
su proyecto criminal.
Y el barón así les habla
mientras ríen los demás:
«Al palacio del vizconde
es necesario llevar
a la hija del daguero,
y una vez ella esté allá...»
Al oirlo, la vergüenza
me ha enrojecido la faz.
Y por él, por nuestra casa,
por este angel de bondad
que todos perder pretenden,
el crimen vengo a evitar.
Mi nieto, para el plan suyo,
dentro de poco vendrá,
y quiero que aquí me encuentre.

ANA — La señora hace muy mal.
¿No piensa que esta entrevista
la tiene que disgustar?
¿No piensa..?

BARONESA — Cállate, Ana.
¿Crees que mi dignidad
puede un punto rebajarse
a que él pueda sospechar
que sé sus planes indignos?
Bastante para él será
el comprender que su abuela
proteje con vivo afán
a aquesta pobre muchacha
victima de su maldad.
(Risas en la calle)
¿Qué ocurre?

ANA — Con sus amigos
el Barón viene hacia acá.

BARONESA — Apártate de mi lado
antes de que él llegue a entrar.
Que no sospeche mi nieto
que yo le vine a esperar.

(ANA *se va aparte y entra el* BARÓN, *que no repara en su abuela ni en Ana*)

ESCENA X

Los mismos, BARÓN.

(*El* BARÓN *avanza hasta que al ver a su abuela queda sorprendido*)

BARÓN — Dudan que pueda lograrlo.
Que duden; ya lo verán.
¡Aquí mi abuela!

BARONESA — Adelante.

BARÓN — (¿Si habrá podido observar?)...
(*Se acerca a besar las manos de su abuela*)

BARONESA — ¿Qué es lo que aquí mi heredero

viene a buscar y qué indaga?

BARÓN — Vengo a saber de una daga
que le he encargado al daguero;
y, aún tiempo mismo, probar
si está bién hecha la obra.

BARONESA — Cauteloso estás de sobra.

BARÓN — ¿Mi abuela va a censurar...?

BARONESA — No, no. Yo apruebo tu acción,
y el decirlo no te aflija.
Si yo protejo a la hija
tú al padre das protección.

BARÓN — ¿Protegéis a Rosa?

BARONESA — Sí.
¿Es quizá indigna de mí?

BARÓN — No. Más no veo razón...

BARONESA — Dichosos los nobles que honran
con su virtud y buen tacto,
que los hay, que, a su contacto
solo manchan y deshonran.

BARÓN — ¿Ya hay sermón, señora abuela?

BARONESA — No... no. Son rarezas mías.
Pero ya hace muchos días.
que pienso en esa mozuela.
Con esto quiero decir
que, como sé la bondad
de Rosa y su honestidad.
su honrado y recto vivir,
y su amable proceder,
yo la quiero protejer
con el alma, hasta morir.

BARÓN — (¿Sospechará alguna cosa?
No creo. Sólo es sermón)

BARONESA — Y en Olot, ¿qué haces, barón?

BARÓN — ¿Os és mi estancia enojosa?

BARONESA — Claro que si; que me apena
el verte desocupado,
porque... ocioso y alocado,

dudo que hagas cosa buena.

BARÓN
Abuela: es muy de sentir
que, cada vez que nos vemos
y hablamos, siempre tenemos
que reñir.
¿Por qué yo he de molestarme
estudiando letras muertas,
ni tengo que ir a las puertas
de Roma, para ordenarme?
¿Por qué he de vestirme mallas,
ni a mis goces poner tasa,
si ya sobra en nuestra casa
el laurel de cien batallas?
Mis pasados, con su gloria,
dieron a mi nombre brillo,
y, a mí, fortuna y castillo
y de sus hechos memoria.
Pues, si todo me dejaron,
si todo yo lo heredé?
Aunque busque, ¿que hallaré
si ellos todo lo ganaron?
Si todo yo he de heredarlo;
qué más tengo qué buscar?

BARONESA
Lo que debes procurar
es el poder conservarlo.
Bien se acuerda mi memoria
de nuestros antepasados:
fueron frailes y letrados,
guerreros y hombres de gloria.
¿Es eso lo que tú eres?
Léjos de aumentar tu fama
casando con noble dama,
soltero, a ninguna quieres.
Con tus malos camaradas
sólo lágrimas sembráis
y, locos, no respetáis
ni a solteras ni a casadas;

y tu mala fama es tal
en pueblo, villa y masía,
que es maldito, noche y día,
nuestro castillo feudal.
¿Hace ésto un hombre de honor?
¿Es ésta una noble empresa?

BARÓN La señora Baronesa
piense que ha dicho el doctor...

BARONESA ¿Es noble lo que ahora hacéis
los nobles de nuestros días?
jugar, ir a cacerías,
es todo cuanto sabéis.
Y entre el holgar y el reir,
cual raza degenerada,
tenéis la espada oxidada
y no sabéis ni escribir.
Y os extrañáis con horror,
de que hoy el pueblo os desprecie.
¿Cómo queréis que os aprecie
si no os encuentra el honor?
Nobleza es el esplendor
del excelso honor purísimo,
el ejemplo brillantísimo
de lo grande y lo mejor.
Nobleza, sin tal pureza,
nunca nobleaz será;
y, aunque queráis, no podrá
ser verdadera nobleza
la que, sin fé ni hidalguía,
sin saber y sin honor,
sin virtud y sin valor,
se asemeja a villanía;
pues, unida a la canalla,
y asistiendo al propio entierro,
se consume, como el hierro
de vuestras cotas de malla.

BARÓN Lo que veo, abuela mía,

es que mi condescendencia
es mucha, y que mi paciencia
tornarse en ira podría.
Porque estáis riñendo así
a un hombre que es caballero,
que es libre y es heredero
del blasón de Vallgorguí.

BARONESA ¡Canalla!

ANA ¡Jesús María!

BARONESA ¡Qué dices, desventurado!
Nunca yo hubiera pensado
fuera tanta tu osadía.
Pero te castiga el cielo;
que, auque vieja y achacosa,
débil, triste y temblorosa,
soy la viuda de tu abuelo.
Hijo de muy noble cúna
tan sólo honor pudo darme,
pues fuí yo la que al casarme,
dí a tu abuelo la fortuna.
Soy la heredera, barón,
y puedo desheredarte.
¡Ven a mis pies a humillarte!
¡ven a buscar el perdón!

BARÓN (*Cayendo de rodillas*)
¡Abuela!

BARONESA ¡Ja, ja, ja, ja...
¡El heredero!... ¿ves, Ana?...
¿ves como esta pobre anciana
aún puede hacerte temblar?
Bien, vaya, no ha sido nada.
(*Ella le dá la mano. El la besa y se levanta*)
Olvidemos lo ocurrido.
Hijo mío, te he reñido,
más, si tu abuela se enfada,
¿qué busca? verte dichoso,
que te quieran por honrado,

y que seas estimado
por noble y por bondadoso.
¿No ves que veo, de fijo,
tu nombre, tu honra manchada?
¿No ves que aquesta tu espada
es del hijo de mi hijo?

BARÓN Honrarla procuraré.

BARONESA Si, hijo, sí. Procura honrarla;
proçura siempre llevarla
tan honrada como fué.
¿Te ha dañado mi conseja?
Quizá mi sermón te duela,
pero piensa que tu abuela
es ya muy vieja... muy vieja.
¡Los viejos son quisquillosos!
Anda, vaya, ya pasó.
Siempre te he de querer yo
si tus hechos son honrosos.
Sé bueno, sí, por favor,
sé bueno... y no te intimides,
pero si no, no lo olvides:
yo salvaré nuestro honor.

ESCENA XI

Los mismos, ROSA.

ROSA ¡Oh, baronesa!

BARONESA (*Al Barón*) (Procura
disimular) *(A Rosa)* Justamente
en el instante presente
alababa la finura
de tus bordados.

ROSA Señora,
yo no merezco. .

BARONESA ¡Ah! no, no.
Si siempre lo he dicho yo:
como tú no hay bordadora.
Y, ¿está listo el traje?

ROSA Sí.
Entrad si queréis mirarlo.
Tengo miedo de mancharlo
con el polvo que hay aquí.

BARONESA Vamos, sí. Pasa adelante.
(Así le hablaré mejor)
Ven, Ana, a ver la labor.
Pero, no; espera... un instante.
Ven, Rosa, aquí. ¿La ves, hijo?
Es la Rosa, la Rosita,
buena... buena muchachita.
Yo la apadrino. Y te exijo
que en la fatal ocasión
en que me llame la muerte
tú te cuides de su suerte
y le des tu protección.

BARÓN Si vos lo queréis así...

BARONESA Quiero dichosa su estrella.
El hacerle un daño a ella
es como hacérmelo a mí.

ROSA Tanta bondad, mi señora...

BARONESA Ea, vaya, concluído.
Demos ya todo al olvido.
Tu abuela la paz te implora.
y con amor te aconseja.
(*Abrazándo al Barón*)
Ahora un abrazo te pido.
¿Ves, hijo? Tu abuela llora.
¡Se hace vieja... se hace vieja!
(*Se va con Ana y Rosa*)

ESCENA XII

BARÓN y ARNAL

BARÓN ¡Habrá suerte cual la mía!
De todo es culpable Arnal.

ARNAL Mi señor.

BARÓN En tí pensaba.

Los dos tenemos que hablar.

ARNAL Mandadme.

BARÓN La Baronesa
ha estado aquí, poco ha,
y me riñó crudamente;
y comienzo a sospechar,
por las frases que me dijo,
que conoce nuestro plan.
Ahora está dentro con Rosa,
y mucho me temo Arnal,
que, como tú tardes tanto
en hacer mi voluntad,
caeran por tierra mis planes
y vamos a fracasar.

ARNAL ¿Conque ella os dijo, al hablaros,
algo que os pueda indicar
que conoce nuestra trama
o que sospecha quizás...?

BARÓN Nada me dijo, en concreto,
que lo pudiera aclarar.
Salióme con lo de siempre,
rarezas de la su edad.
Yo, humilde, le he prometido
sus deseos acatar,
pues sería triste cosa
el que mi abuela, al final,
me dejara sin. la herencia.

ARNAL Señor, si os tengo que hablar
con franqueza entera y llana
y con sincera verdad,
os diré que vuestra abuela
ya comienza a recelar.
Y, pues que buscais en Rosa
sólo un capricho banal
y por él matáis la honra
de ese angel de bondad
y encendéis en ira a un padre

y preparáis tanto mal
sobre vos y vuestra casa;
a la doncella olvidad
y buscad otros amores
en cualquier otro rosal
más hermoso, a buen seguro,
que el que aquí podáis dejar.

BARÓN Bien, muy bien, muy bien te explicas,
más no me engañas, Arnal.
Es otro, es otro el misterio
causa de tu buen obrar.
Al fin te he entendido, pero...
no importa. Acabemos ya.
Hace días que el pretexto
pones de que no se van
ni el Zurdo ni maese Jorge.
Hoy todo dispuesto está
de tal manera, que, pronto,
sólo en la casa. estarás.
Yo esperaré, como siempre,
en la herrería de allá.
Cuando escuches mi llamada
contesta con la señal.
Y, ahora, Arnal, por vez postrera
te lo vuelvo a recordar:
tus padres y tus hermanos
trabajan en mi heredad.
Si hoy no consigo a la moza,
si hoy no la puedo lograr,
si tú no haces que ella misma
salga a esperarme al umbral;
tus padres quedan sin tierras,
tus padres quedan sin pan,
hundidos en la miseria;
porque nadie ha de amparar
a aquél que se capte el odio
de su amo y señor feudal.

Y aunque de pena se mueran
no busquéis en mí, piedad.
Ni ellos labrarán mis tierras
ni tú mi paje serás.

ARNAL ¡Oh, madre mía!

BARON Estoy harto
y me comienzo a cansar
de sostener tanto ingrato.

ARNAL ¡Oh, señor Barón! Pensad...

BARON Basta. Ni quiero escucharte
ni tengo que decir más. *(Se vá)*

ESCENA XIII

ARNAL y ROSA

ARNAL Me está muy bien. Lo merezco
porque soy un criminal.

ROSA ¿Qué tienes?

ARNAL Nada, mi mal.
Si estoy solo me entristezco.

ROSA Arnal...

ARNAL Rosa... (¡No sé hablarla!)

ROSA Ya es fuerza una explicación!
No pierdas esta ocasión
porque no debo aplazarla.

ARNAL No veo yo con que intento...

ROSA Ya comprendo tu sorpresa.
La señora Baronesa
salió de aquí, hace un momento.

ARNAL No la he visto.

ROSA Ni podías.
Por la otra puerta salió.
¿Sabes lo que me contó?
Lo que me has dicho hace días.
Que hay un noble caballero
que, con deseo rastrero,
se propone conseguirme,

y que ella viene a decirme
que en el pueblo es forastero,
que viva, pues, recelosa,
siempre de mi padre al lado,
que busque un marido honrado
y con él sea dichosa.

ARNAL ¿Dijo del noble quién era?

ROSA No quiso el nombre decir.
Más te lo debo advertir
ya que te dí mi alma entera,
y espero...

ARNAL ¡Pobre esperanza
que morirá al ser nacida!
¡Y qué triste es ver perdida
la fé de la confianza!

ROSA Más, ¿por qué, mi Dios, por qué?
Cuando sólo hace tres días
que me trajiste alegrías
portador de amor y fé,
¿es posible que hoy me digas
palabras de desconsuelo?
¡Mucho más el sol del cielo
tarda en dorar las espigas,
más que mi amor ha durado!
¡Flores de mi corazón,
no os pusistéis en sazón
que ya os habéis marchitado!
Pero esto, ¿de que es venganza?

ARNAL Mira si yo soy traidor
que así te pago el amor
que me llenó de esperanza.

ROSA ¿Tienes celos?

ARNAL Fuera loco.

ROSA ¿Me quieres?

ARNAL Cual nadie quiere.

ROSA ¿Sientes dejarme?

ARNAL Me hiere.

ROSA ¿Sientes quererme?
ARNAL No poco.
ROSA ¿Mis padres?...
ARNAL Fueron honrados.
ROSA ¿Hay mancha en mi amor?
ARNAL Ninguna.
ROSA ¿Es malo amarme?
ARNAL Es fortuna.
ROSA Pues no entiendo tus cuidados
ni aquesta extraña mudanza.
¿Te place ver mi dolor?
ARNAL Oye; y piensa si tu amor
puede aún vivir de esperanza.
¿Amas a tu padre?
ROSA Sí.
ARNAL Y, ¿a tu madre, si viviera?
ROSA Aún mucho más la quisiera.
ARNAL Y, ¿a tus deudos?
ROSA Como a mí.
ARNAL Son familia.
ROSA Son sagrado.
ARNAL ¿Cómo es la dicha?
ROSA Reunida.
ARNAL Y, ¿cuanto vale?
ROSA La vida.
ARNAL ¿Quién no la dá?...
ROSA Es un malvado.
ARNAL ¿Sabes qué dices?
ROSA Lo sé.
ARNAL Para ellos amor
ROSA Sí, amor.
ARNAL ¡Y el honor!
ROSA ¡Nunca el honor!
ARNAL ¡Yo los quiero con mas fé!
Y, huyendo de una maldad,
hago bienes inhumanos,

porque por mi pobre madre
por mi padre
y mis hermanos
te perderé sin piedad.

ESCENA XIV.

Los mismos JORGE

JORGE Eso sería... ¡más, no!
porque vigilo por ella.
ROSA ¡Padre!
JORGE De quien la atropella
recojo el insulto yo.
ARNAL Perdonad, más no creáis...
JORGE Os he escuchado a los dos.
Ella ingrata. Ladrón vos.
¡El corazón me arrancáis!
(Coje un mazo)
ARNAL (*Asustado*)
¡Maese Jorge!
JORGE De esa traza
os responderé mejor.
Aquí no se habla de honor,
sin que yo coja una maza.
ARNAL Tened calma. En casos tales
hay que ser padre.
JORGE Pues hoy
no soy el padre... El juez soy.
Escucho a los criminales.
ARNAL Yo no hablo.
JORGE Hablaréis los dos.
ARNAL No.
ROSA ¡Padre!
JORGE A que habléis me aferro.
¡Rayo de Dios! ¡Doblo el hierro
y aún es más fuerte que vos!
ARNAL Mas, si al silencio me abrazo,
decidme; ¿que pasaría?

JORGE — Muy sencillo. Os tendería
a mis pies de un martillazo.

ROSA — Hará Arnal lo que pedís.
Háblale, amor de mi vida!
Háblale pronto, en seguida.

ARNAL — Preguntad

JORGE — Así cumplís.
¿Cómo por vos fué estimada?

ROSA — Yo, padre....

JORGE — Calla.

ROSA — Señor...

JORGE — Primero el ladrón traidor;
después la mujer robada.

ARNAL — Que vuestro insulto me pierde.
De vuestra fuerza abusáis.
Sois padre de ella; no hagáis
que de mi hombría me acuerde.

JORGE — Para un traidor como vos...

ROSA — ¡Padre!

JORGE — Toda afrenta es buena.
¡Si pudiera hundir mi pena
en el pecho de los dos!

ARNAL — Matadme, si queréis, sí,
más no me llaméis ladrón.

JORGE — Si es nombre, que, con razón.
se fabricó para tí.
A otros les llaman ladrones;
se lo llaman, no lo son.
Tú sí que eres un ladrón
robador de corazones.
Ladrón del amor de un angel
que por tí pierde el decoro,
más ladrón que los que roban
frutas, trigo, plata y oro.
¿Quién más ladrón? En mis bosques
leña robaron un día.
Yo el fuego, al día siguiente,

con otra leña encendía.
¿Quién más ladrón? De mis arcas
robaron cien onzas de oro.
Más me dejaron la hija
que era mi mayor tesoro.
¿Quién más ladrón? De mi era
me robaron cien gabillas.
Pasó un año, y trigo nuevo
dieron las nuevas semillas.
Ahora no: lo que tú robas
no vuelve a nacer hermoso;
es la risa de mi hija,
es su ventura y reposo,
es la alegría de un padre,
es su honor y su decoro,
y eso, hombre vil, ya no vuelve
ni con plata, ni con oro.
Si el bosque vuelve a dar leña,
si el campo vuelve a dar trigo;
¡Ladrón, corazón de peña!
¿Quién es más ladrón, yo digo:
Aquél que robarnos quiere
leña, trigo, plata y oro,
o el que, al robarnos, nos hiere
en dicha, nombre y decoro? (*Pausa*)

ARNAL ¡Oh, matadme! Yo os lo pido.
JORGE Pero antes, Arnal, hablemos...
ARNAL Preguntad vos.
JORGE ...Y olvidemos,
un instante lo ocurrido.
¿Cómo nació vuestro amor?
ARNAL Eso ni lo sabe Rosa,
ni yo mismo.
JORGE ¡Extraña cosa!
ARNAL El Barón es cazador...
ROSA Yo iba al bosque cada día...
ARNAL Cazaba yo...

ROSA — Y yo cogía
de las retamas la flor.
ARNAL — Pero, una vez, un lebrel...
ROSA — Ladrando vino hacia mí
ARNAL — En pos de él corrí hacia allí,
y tal hormosura ví...
ROSA — Yo ví tan gentil doncel.
ARNAL — Desde entonces...
ROSA — Desde el día
que a Arnal llegué a conocer...
ARNAL — Quizá no queráis creer...
ROSA — Quizá nadie lo creería.
ARNAL — En pos de mi amor volaba
cada tarde a la pradera.
ROSA — Yo llegaba la primera.
y allí, en impaciente espera,
le esperaba.
ARNAL — Entonces...
ROSA — El corazón...
ARNAL — En el pecho...
ROSA — Palpitaba.
ARNAL — La quería.
ROSA — Le adoraba.
ARNAL — Y asi nació esta pasión.
ROSA — Que creció
ARNAL — Que ha continuado.
ROSA — Y en el monte...
ARNAL — O la pradera,
o la reja, o donde fuera,
amor nos hemos jurado.
ROSA — Amor digno
ARNAL — Sin anhelo
que atentase al honor vuestro.
Amor puro como el nuestro
sólo se encuentra en el Cielo.
ROSA — No dará el río a la caña
nunca un espejo tan puro.

ARNAL — Ni hallaréis, a buen seguro,
flor tan blanca en la montaña.
JORGE — ¡Oh! hijos míos: bien podría
ser ésta la verdad pura.
Pero, ¿quién me lo asegura?

ESCENA XV.

Dichos, BOY, BIEL.

BOY — Yo, que velé noche y día.
BIEL — Yo que siempre los seguía.
BOY — No han faltado ni ella, ni él.
BIEL — Eso es cierto.
BOY — ¿Verdad, Biel?
BIEL — Yo lo juro.
BOY — Y yo pondría
mi mano al fuego.
ARNAL — ¡¡Señor!!...
JORGE — Si es verdad cuanto he escuchado,
¿por qué me habéis ocultado
la verdad de vuestro amor.
ROSA — Porque siempre con temor
una copla os escuchaba;
y, padre, el que yo adoraba
de un noble era servidor.
JORGE — ¡Pero solo era un criado!
Amar a un noble, eso sí,
que te hubiera mancillado.
Más si él es del pueblo, dí:
¿no es de los nuestros tu amado?
¿No es Arnal bastante honrado
para tí?
¿Tú la quieres?
ARNAL — ¡Oh! La vida,
por alcanzarla yo diera.
JORGE — ¿Y tú a él?
ROSA — Yo me muriera
si viera su fé mentida.

JORGE — Pues, ¿por qué yo de sus labios,
y en mengua de nuestro honor,
he oído de tu amador
palabras que eran agravios?
¿Por qué, Arnal, con voz terrible,
dijo: «He matado tu amor»?.

ARNAL — Porque es la verdad, señor.
Nuestro amor es imposible.

JORGE — Y ¿por qué?

ARNAL — Por triste suerte
es ese un secreto horrible
que, con fuerza irresistible,
me está llevando a la muerte.

JORGE — ¿Lo conoces, Boy?

BOY — ¿Yo? Sí.

JORGE — Dilo.

BOY — Dejame. Yo ya
se que hay que hacer; y se hará.

JORGE — ¿No te duele el verme así,
sufriendo...

BOY — Me dolería
si tú obrases con la izquierda;
pero tu derecha es muy lerda
y el plan me estropearía.

JORGE — ¿Sabéis, de mi, mala fama?

ARNAL — Más buena no puede ser.

JORGE — ¿De Rosa podéis temer?...

ARNAL — Si es bella como mujer
es más honrada cual dama.

JORGE — ¿Vuestros padres, sino vos?...

ARNAL — Acatan el amor nuestro.

JORGE — ¿Se opone el orgullo vuestro?

ARNAL — Del pueblo somos los dos.

JORGE — Pues, si os adoráis así,
¿quién a vuestro amor se opone?

ARNAL — Quién por mi manda y dispone:
el Barón de Vallgorguí.

JORGE ¿El señor Barón? ¿Por qué?

ARNAL Porque quiere... no quererlo
así como así el saberlo,
¿de qué os puede servir?

JORGE ¡Qué!
¿Que no me sirve?

ARNAL ¡Señor!

ROSA ¡Oh padre!

(Jorge se dirige al armario y vuelve con las libras de oro)

BOY ¡Jorge!

BIEL ¡Mi amo!

JORGE Cuando una deuda reclamo
no me la niega el deudor.
Pronto, Biel, un vaso de agua.

BIEL Señor...

JORGE ¡Un vaso, en seguida!.
Nadie nacido, en la vida,
burló al amo de esta fragua.
El plazo se cumple hoy
del censo a la Baronesa.
Palabra jurada es esa
y a cumplírsela ahora voy.
Para el censo de mi honor
también la fecha es llegada.
De negármela, obstinada,
no creo tenga valor.
Si con ella hasta hoy cumplí
en buena ley y decoro,
ahora que mi honor imploro
ha de pagarseme a mi.
Hoy cobrará Vallgorguí
su vaso de agua y su oro.

ROSA ¡Padre!

BOY (*Cerrandole el paso*) Escucha. Ven aqui.

JORGE (*Apartandolo)* ¡No! Pues mi acción justa es,
quien la impida se deshonra.

Voy a cobrarme esa honra
que nos atañe a los tres.

(Se vá seguido de Biel que lleva el vaso de agua)

ESCENA XVI

BOY, ROSA y ARNAL

BOY — (El paje debe pensar:
ya hay uno afuera)

ARNAL — ¡Oh! ¡mi Rosa

ROSA — ¿Sonries, Arnal?

ARNAL — Dichosa
veo mi estrella brillar.

ROSA — ¿Crees que el paso de padre?...

ARNAL — En él mi suerte está presa.

ROSA — La señora Baronesa...

ARNAL — Te quiere como una madre.

BOY — No obstante hasta que veamos
el fin...

ARNAL — Tengo confianza.

BOY — ¿Vos creeis?

ARNAL — En mi esperanza.

ESCENA XVII

Los mismos, BIEL.

BIEL — ¡Oh! Rosa, pronto, corramos.

ROSA — ¿Que pasa?

BIEL — El amo...

ARNAL — Dí.

BOY — ¡Qué!

BIEL — Él se quedó como un mármol;
yo como la hoja en el árbol,
temblando.

ARNAL — ¡Cómo!

BOY — ¿Que fué?

ROSA — Pronto.

ARNAL — H abla.

BOY — ¿Qué fué eso?

BIEL — Que al ir a doblar la esquina
el baile, con gente armada.
cercó al amo y lo hizo preso.

ROSA — ¡Virgen del Carmen divina!

ARNAL — (Oh, que infamia tan artera)

BOY — (La idea está bien tramada.
El Barón busca la entrada;
pues... entrará en la ratera).

ROSA — Más, ¿por qué? ¿de qué le acusan?
¿Que ha hecho mi padre?

BOY — Oh, Rosa,
¿puede él hacer mala cosa?

ARNAL — Es que los fuertes abusan.

(Se oye la flauta a lo lejos)

BIEL — La flauta del cancionero
que es nieto del baile. ¡Vaya!
El nos salvará al daguero. *(Se vá)*

(Boy poniéndose ante la puerta por la que intenta salir Rosa)

BOY — ¿Dónde vas, Rosa?

ROSA — Voy...

BOY — ¡No!

ROSA — Yo sigo a mi padre; yo...

BOY — ¡Tú no pasas de esa raya!
La mano diestra cayó,
pero ha quedado la izquierda;
veremos si es lista o lerda.
No temas, Rosa, y recuerda
que ahora tu padre... soy yo.

ROSA — Sí, Boy, sí. Obedeceré.

BOY — Vete a la puerta y espera.
(Preparemos la ratera)
(A Arnal)
Confío en vos.

ARNAL — Velaré.

(Boy se vá. Rosa vá a cerrar la puerta y vuelve)

ROSA ¡Dios mío que habrá pasado!
ARNAL No temas, que no ha hecho nada.
Pronto, la cosa aclarada,
volverá libre a tu lado.
ROSA Dios todo lo puede hacer;
voy a rezarle. (*Se vá*)
ARNAL Adios, Rosa.
(¡Quisiera hacerte dichosa
y te tengo que vender!)

ESCENA XVIII

ARNAL. (*solo*)

¿Y dicen que el feudalismo
ha muerto ya? No, no es cierto.
Su poder no estará muerto
mientras lo ampare el cinismo.
Y es el pueblo, el pueblo mismo
quien tolera al opresor.
Él, que pudiera ampararme
es el primero en dejarme
por no enojar al señor.
¿Hasta cuando habrá tiranos?
¿Es razón de Providencia
que por leyes o influencia
haya nobles y villanos?
(*Se oyen a lo lejos tres golpes de martillo*)
¡Oh! ¡Dios! ¡La señal! ¿qué haré?
La hace él, seguramente,
creyendo que aquí no hay gente.
¿Qué hago?... ¿Responderé?
¡Oh! que horrible situación
es ésta... madre querida.
Tu suerte comprometida
al capricho del Barón;
por otra parte mi amor,
el ser que alienta mi vida,
al que con mi fé mentida,

voy a manchar el honor.
¡Oh, no! Mi madre primero.
Mi dicha matar prefiero
si ello ha de hacerla dichosa.

(Levanta el mazo sobre el yunque y muestra su lucha interna)

¡Oh, no puedo! ¡Pobre Rosa!
Aun con el alma te quiero.
Busco disculpa a mi acción
y alzo el mazo, horrorizado,
pues sobre el yunque aplastado.
palpitante y destrozado,
creo ver mi corazón.
¡Y es forzoso decidirse!
Si a la tercera llamada
que desde allí sea dada
mi amor quiere resistirse,
del castillo despedidos
han de ser mi enferma madre.
mis hermanos y mi padre,
todos mis seres queridos.
Y tendré el dolor profundo
de ver que este anhelo mío
les pagó sólo en el mundo
con hambre, miseria y frío.
¿Y por querer ser honrado,
y por cumplir con honor,
y no matar el amor
que aquí en mi pecho ha brotado,
he de ver morir así
a mi pobre madre amada?

(Se oye la señal)

¡¡Oh!! ¡La segunda llamada!
¡Sí, madre mía, por tí!

(Da tres golpes de maza y queda horrorizado. Sale Rosa)

ESCENA XIX.

ARNAL, ROSA.

ROSA ¿Qué haces aquí y a esta hora?

ARNAL — Un crimen que si supieras...
Vete, huye pronto... ¿que esperas?
huye de aquí sin dimora.
Mas no huyas. No es posible.
Si huyeras... mi pobre madre
mis hermanos, mi buen padre...
¡Oh! no, no. Sería horrible.
No. Lejos de eso; al Barón
ve a recibir al instante.
¡Vete!.. y reciba tu amante
tu más justa maldición.

ROSA — Pero, ¿qué pasa?... ¿qué intrigas?...

ARNAL — ¡No me toques! ¡Fuí un traidor!
¡Huye de mí con horror!
Cuando las áureas espigas
formen gabilla en el suelo,
tu hogar se habrá derrumbado
cual si lo hubiera arrasado
el fiero rayo del cielo;
tú, sin corona de rosas,
irás a la sepultura;
tu padre su desventura
con sus lágrimas copiosas
por el mundo irá a llorar,
y sin su hija y sin honra,
vencido por su deshonra,
ni la frente podrá alzar.
Esto habrá pasado aquí
y yo el culpable seré.
Sea cual fuere el «por qué»
que me obligó a obrar así,
fuí un criminal, fuí un traidor.
¡Oh! Rosa, yo te he perdido.
¡Maldíceme! te he vendido.
Así he pagado tu amor
con la más cruel maldad.
No... huye, Rosa: escupidme,

despreciadme y maldecidme
por toda una eternidad. (*Se vá exaltado*)

ROSA ¿Qué pasa aquí, Virgen mía?
(*Cogiendo el candil se vá tras él*)

ESCENA ULTIMA

BOY, BIEL, RUBIO, HERREROS, BARÓN

(*Todos por el orden que se indique. Primero aparece Boy por la trampa, con un gran farol de cuatro mechas encendidas, y después de cerciorarse de que la escena está desierta, llama a Biel y a los operarios que suben sigilosamente, llevando el primero varias herramientas y otro farol encendido. Toda esta escena es muda y dirigida por Boy. Manda éste esconder los faroles y todos lo hacen. Después, por mandato de Boy, los herreros cogen los mazos y se esconden en un rincón. Biel entra en el último cuarto, derecha del espectador, con el farol encendido, dejando entornada la puerta para que pase una raya de luz. Cuando Boy ha mirado si está bien, dá orden a Biel de quedarse en el cuarto y al Rubio de que abra la puerta. Los dos obedecen y todos se esconden. Boy dá tres golpes de martillo. Aparece el Barón a la puerta del fondo y al ver iluminado el cuarto de Rosa, respira con alegría y se vá a él. Al llegar a la puerta la luz se apaga; él duda un instante, pero entra al fin. El Rubio cierra la puerta del fondo y Boy la del Barón. Entretanto un herrero sopla a la fragua y todos se disponen al trabajo. En esto se oye llamar a la puerta del Barón. Boy abre y sale Biel. Boy le pregunta si ha logrado su objeto, y Biel en contestación le muestra un anillo de oro y una espada, visto lo cual, Boy contento dice:*)

BOY Como aquel que no hace nada
si grita... meted ruído.

(*Biel, colocado junto al farol contempla las dos prendas y dice:*)

BIEL Un anillo y una espada...
¡me los dió mi prometido!

RUBIO Un magnífico presente.

(*En este momento el Barón encerrado en el cuarto y comprendiendo el engaño, grita pidiendo auxilio*)

BARÓN ¡¡Favor!! ¡¡Socorro!! ¡¡A mí, Arnal!!

BOY Tienes la voz muy potente;
¡que alce su voz el metal!

(*Los herreros sacando los hierros encendidos de la fragua los colocan sobre los yunques y alzando al aire los mazos, principian a picar hasta ahogar la voz del Barón. Toda esta escena rápida.*)

TELON LENTO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA I

BOY, BIEL.

BOY — Ya se marcharon a casa.
BIEL — Pues no hay tiempo que perder.
Son mozos y hay que tener
juicio por ellos.
BOY — ¿Qué pasa?
Habla ya por ese pico.
Algún embuste.
BIEL — Je... je...
¿Algún embuste? ¿y por qué?
BOY — Porque siempre haces el mico
con que si sabes o no,
y nunca has sabido cosa
que pueda ser provechosa.
BIEL — ¿Que yo no sé cosas?
BOY — ¡Oh!
¡Saber, saber!... ¡Lo que cuesta!
BIEL — Vaya. Hagamos una apuesta:
¿quién sabe más cosas?
BOY — Yo.

Quizá tú me harás creer
que lo blanco es negro.

BIEL — Claro.
Yo soy blanco al parecer,
pero como me enmascaro,
me veis negro.

BOY — Pues, a ver.
Con la apuesta principiemos.

BIEL — Sepamos qué aoostaremos.

BOY — Si pierdes, un buen tirón
de orejas y un pescozón.

BIEL — No os he de dar ocasión

BOY — Y yo un trentín.

BIEL — Comencemos.

BOY — Si pierdes.. ¡oreja a tierra!

BIEL — ¡Aún no me habéis ganado!

BOY — Tenlo ya por descontado,
que mi zurda nunca yerra.
¿Cómo he de perder? Sé cierto
que el barón, aquí encerrado,
toda la noche ha llamado
sin que el amo le haya abierto.
Así mismo sé también
que el amo, que no reposa,
estuvo hablando con Rosa
y que se entienden muy bien.
Sé que lo de encarcelar
la ronda, anoche, al daguero,
es cosa del caballero
que al baile le fué a acusar.
Sé también que el cancionero,
a quién el baile es abuelo,
ha puesto todo su celo
para salvar al daguero.
Y sé, también otra cosa:
que el criado, arrepentido
con el amo se ha entendido

y que se casa con Rosa.
Sé que el pueblo se ha enterado
del insulto hecho al daguero
y que, airado y exaltado,
ha jurado y perjurado
castigar al caballero.
Sé lo que vá y lo que fué,
sé lo que sí y lo que no,
sé lo que sabes sé yo
y lo que ignoras que sé.
Y tanto sé y he sabido
y aún tanto más saber debo,
que sé que eres el mancebo
más gandul que he conocido.

BIEL ¿Y no sabéis más?

BOY No.

BIEL ¿No?
Pues va por mía la apuesta,
porque con vuestra respuesta
me probais que os gano yo.
La apuesta es si yo podía
saber más cosas.

BOY Es cierto.

BIEL Y las vuestras, os advierto,
que si yo no las sabía
ya las conozco. De modo
que si tonto me creísteis,
vos, con saber, no supisteis
que yo lo ignorase todo.
(*Se aparta de Boy*)

BOY ¡Ah! Pillo, bien me has ganado.

BIEL ¡Bah! No os tenéis que enfadar.
Ya sabéis que debo estar
de todo bien enterado.

BOY Y ¿por qué?

BIEL Por ese mozo
que toca el re-mi-fa-sol.

¿Por qué ha de tostarle el sol
si su gozo ha de ir al pozo?

BOY — No tengas miedo, bribón.
Hablando tú con la Rosa...

BIEL — Sí; una calabaza hermosa.

BOY — Ja... ja. . ja... Como un melón.

BIEL — Que él no se ofenda, pues debo
no quedar muy desairado.

BOY — Puedes soplar confiado;
quedarás... como un mancebo.
(*Llaman a la puerta*)

ESCENA II.

Los mismos, ANA.

BOY — ¿Llaman?

BIEL — Sí.

BOY — Mira quién vá.
(*Biel vá hacia la puerta*)

ANA — (*Desde afuera*)
¡Ave Maria purísima!

BIEL — Es Ana.

BOY — ¡Reina Santísima!
Ten.
(*Le dá las llaves*)

BIEL — ¿Abro?

BOY — Abre. (Vendrá
para lo que yo imagino)

BIEL — (*Abriendo*)
Podéis pasar.

ANA — (*Entrando*)
¿Está aqui
el oficial mayor?

BIEL — Si.

ANA — (*A Boy*)
¿Sois vos?

BOY — Me parece a mí.
(Vereis si sale de tino)

ANA — Pues me envía la señora
Baronesa a recoger
el traje que han de poner
a la Virgen.

BOY — (*A Biel*)
(Sal tú ahora.
Para el plan que he de seguir
quiero ser amigo de ella)

BIEL — (*Con picardía*) ¡Vamos, Zurdo!...

BOY — ¿Qué?

BIEL — ¡Es doncella!

BOY — Por eso me ha de servir.

BIEL — ¿Servir? ¿Por qué?

BOY — Ya me apuras.
Para el plan que yo me tramo.

BIEL — ¡Ay, Zurdo, que ya me escamo!
(¡Je!... vaya... ¡dos criaturas!) (*Biel se vá*)

BOY — ¡Qué! ¿No te acuerdas de mí?

ANA — ...¡Ah!... sí... Eres Boy. ¡Qué alegría!
Pues ya no te conocía.
¡Qué alegría y que sorpresa!
¿Me conociste tú, dí,
el día que vino aquí,
conmigo la Baronera?

BOY — Y tú, ¿no me conociste?

ANA — Mira que cosa más rara;
yo me decía: esta cara,
¿cuando y en dónde la viste?
Mas quién podía pensar
cómo... cuándo... en qué momento...

BOY — Sí mujer, sí; en el convento
cuando iba yo a trabajar.

ANA — ¡Oh! ¡Tus frases seductoras
más veces he recordado!

BOY — Fué aquello un tiempo pasado
aprovechando las horas.

ANA — Calla, calla, mal judío.

¡Virgen María Sagrada!
BOY ¿El recordar no te agrada?
ANA ¡Oh, perdonadme, Dios mío!
(Se santigua)
BOY ¿Qué ocurre? ¿Te has espantado?
Piensa que aquella pasión
nació con buena intención.
ANA Basta para ser pecado.
Yo ya me fuí a confesar
y cumplir la penitencia,
tengo libre la conciencia
y no quiero principiar.
BOY Conformes, no principiemos
pero hablemos.
ANA Bueno; dí.
BOY Cuenta, que ha sido de tí
desde que ya no nos vemos.
ANA Pronto está explicado todo.
Como até mi honestidad
con voto de castidad.
BOY (Por fuerza)
ANA Me busqué el modo
de ir al castillo a servir,
y allí estoy. Ya está contado.
¿Y tú, en el tiempo pasado,
mucho habrás adelantado?
BOY Pscht.
ANA ¿Qué?
BOY ¿Que puedo decir?
No he tenido mala luna.
Como de zurdo he seguido
la suerte me ha protegido.
ANA Así, ¿habrás hecho fortuna?
BOY (La pesco por la avaricia)
Verás; no soy ricachón,
pero si fortuna son
cien doblas en un rincón...

ANA — ¡Boy!
BOY — (Ya me hace una caricia).
ANA — ¡Ah! ¿cien doblas? También yo
las tengo arrinconaditas,
tan rubias, tan redonditas...
BOY — ¿Juntémoslas?
ANA — ¡Oh! no, no.
De castidad he hecho voto.
BOY — (Ya se hace la melindrosa).
El voto puede ser roto;
que, acogiéndote a la bula
tu promesa queda nula
y la Iglesia te desposa.
Creeme; busca el amor
y acógete al matrimonio.
ANA — Calla, calla, mal demonio,
mal demonio tentador.
(*Santiguándose*)
¡Oh, Jesús! Tú me podrías
perder. Sí, me perderías.
Quizás yo me condenase;
quizás... y, ¿si me casase,
dí, Zurdo: tú me amarías?
BOY — Con todo amor y recato.
ANA — Tus frases son tentadoras.
¡Ay, Zurdo!
BOY — ¡Como! ¿qué lloras?
ANA — No; suspiro.
BOY — Bah; eso es flato.
ANA — Si tuviese por seguro
que tú me habías de amar...
BOY — Sí, mujer, no has de dudar;
además, yo te lo juro.
ANA — Es que yo pienso que tú
me amaste cuando era bella,
cuando era joven doncella,
hermosa, sí, tan hermosa

como la más fresca rosa.
Pero, Boy, no soy aquella;
que vieja y muy poco sana,
con las encías desiertas.

BOY (Sí; pareces las cubiertas
de una doctrina cristiana).
Pero eres la que eras,
que, aunque arrugada y añeja,
ya sabes. . gallina vieja
hace buen caldo.

ANA ¿De veras?

BOY Pues claro. Y así, confío
en que reviva lozana
aquella edad tan lejana.

ANA ¡Ay, Zurdo mío!

BOY ¡Ay, mi Ana!
¡Ana mía!

ANA ¡Zurdo mio!
(*Reaccionando*)
¡Jesús, María, José!
¿Qué hago yo?

BOY Lo que te agrada.

ANA ¡Oh!, si, sí. Ya estoy tentada.
Mañana se lo diré
a mi padre confesor.
Si él dispensa mi promesa
y quiere la Baronesa...
¡Oh, Dios! ¡Lo que es el amor!

BOY ¿Qué? ¿qué te pasa?

ANA Que, hablando
de su encargo me he olvidado.
¡Cómo se habría enfadado!

BOY Pues ya me lo estás contando.
Pero ante todo, ¿querrías
decir qué actitud es esa
que muestra la baronesa?

ANA ¡Oh! No puedo. Hice promesa

de callar.

BOY ¿De mí no fías?

ANA Sí; fio; más lo juré.
Y ella está muy disgustada
de esta terrible jugada
que, ayer, con tan mala fé,
dice que le hizo el daguero.
Y hasta auxilio ha suplicado
a las tropas del Condado,
pues yo sé que hoy a enviado
a Gerona un mensajero

BOY (Bien; ya sé lo que quería).
De modo que tu señora...

ANÁ Nunca la ví como ahora.
¡Qué gritos! ¡Jesús, María!
A mí me ha dicho: Ana, vé;
trae el vestido en seguida.
Ya nunca más en la vida
a Rosa protejeré.

BOY Pues toma el traje, que Rosa
aquí, a punto, lo ha dejado.

ANA Adiós, Zurdo.

BOY Y ten cuidado,
porque has de hacer una cosa.

ANA ¿Qué?

BOY Si hay complicación,
vén, al momento, a avisarme,
que a mí... bien has de salvarme,
¿eh?...

ANA ¡Claro! Tienes razón.
Sí, si; a avisarte vendré,
pero la boca... callada.

BOY Como una tumba, cerrada.

ANA Haz como yo.

BOY Confiada
puedes ir. Te imitaré.

ANA Quedamos, pues...

Boy — ...entendidos.
Y lo que vaya a ocurrir...
Ana — Yo te lo vendré a decir.
Y... ¿ya estamos prometidos?
Boy — Prometidos, hasta el día...
Ana — En que yo sea tu esposa.
¡Ay, Zurdo mío!
Boy — ¡Ay, mi hermosa!
Ana — ¡Ay, mi Zurdo!
Boy — ¡Ay, Ana mía!
Ana — Y, ¿me querrás?
Boy — Con amor.
Y aún antes del matrimonio.
Aná — Aparta, aparta, demonio,
mi demonio tentador.
Boy — Pero si mía has de ser,
¿por qué te vas de mi lado?
Ana — Sí; pero pongo cuidado
para dejarme coger.
Boy — (*Tocándola con el dedo*)
¡Ah, traidora!
Ana — ¡Ah, pillo!
Boy — ¡Ah!
Cuando nos hagan así...
(*Bendición*)
Ana — ¿Me querrás como yo a tí?
Boy — Sin tu amor no vivo ya.
(*Ana se vá. Él cierra la puerta*)

ESCENA III.

BOY, JORGE.

(*Jorge entra trayendo una daga y un pedazo de malla.*)

Jorge — Boy.
Boy — ¿Eres tú, Jorge?
(Ya mía la tengo.

Por lo que convenga
mi amor yo sostengo)
¿Qué hiciste hasta ahora?

JORGE Allí he trabajado.
Ya tengo la daga
del pomo labrado.

BOY ¿Tan pronto?

JORGE Tan pronto.
Veloz la he templado
con todo mi ardor.
Y, ¿qué hombre no vuela
si busca su honor?

BOY Así, pues, ¿tú piensas?...

JORGE Quedar bien cumplido.
Que cabe su fosa
si no dá a mi Rosa
honor y marido.
¿Las puertas?

BOY Cerradas.

JORGE ¿Las llaves?

BOY (*Mostrándolas*)
Aquí.

JORGE Hoy juegan los dados
por él y por mí.

BOY Jugada segura
si juegas con arte.
El pueblo indignado
está de tu parte.

JORGE Veremos por buenas
que se logrará.

BOY Si falla la derecha
la zurda hablará.

JORGE (*Mostrando la daga*)
¿Ves? Mira.

BOY Buen arma.

JORGE No hay temple mejor.
Forjóla mi odio,

templóla mi honor.
BOY ¿Traerá el noble mallas?
JORGE Seguro que sí,
que un vil no se guardé
yo nunca lo ví.
La copla del padre
así lo probó.
¡Hoy voy a cantarla!
BOY No digo que no.
JORGE Cuando ayer la trama
te oía contar,
—hoy, Jorge,—me dije—
tendrás que velar.
Y, allá, en la otra fragua,
coloco el metal,
y empiezo ayudado
de un odio mortal.
—Repica que pica,
daguero, repica
con fé y con ardor;
haz pronto la daga
que vengue tu honor.
Batido ya el hierro
se le ha de templar,
y en fuego la fragua
lo debe tornar.
Yo, sólo, en silencio,
forjaba mi honra.
Y, así, me decía:
—No grites. Si gritas
sabrán tu deshonra.
Pues sopla, que sopla,
si tu honra pretendes;
es fuego de odio
el fuego que enciendes.
El hierro, ya rojo,
ha de ser templado.

El cubo del agua
lo espera a mi lado.
Lo meto en el cubo
rojizo y ardiente,
y el agua, al notarlo
salpica rugiente.
Yo aguanta, que aguanta,
del agua el ardor:
¡parece la sangre
del noble traidor!
Ya queda la hoja
templada al instante;
ya falta tan sólo
dejarla brillante.
Pues rueda que rueda
y venga a rodar;
la muela al acero
ya le hace chillar.
—¡Ya brilla la daga,
ya brilla, daguero!
Pues prueba si pasa
las mallas de acero.
Y sobre la mesa
la malla he dejado,
y sobre la malla
la daga he alzado.
Del brazo al impulso
la daga ha caido;
de un golpe tan solo
la malla ha partido.
Y beso la daga
con ansia y amor:
—Pues pasa las mallas,
¡tiene arma el honor!

BOY — Psit...

JORGE — ¿Qué?...

BOY — El mancebo

que por alli viene.

JORGE — Pues háblale y dile
lo que hacer se tiene.

BOY — Como ayer te dije
seguimos plan doble.
Si puedo lo arreglo;
si no... tú y el noble.

JORGE — Pues, asi, yo espero,
confiado en tí.

BOY — Que yo no te llame
no vengas aquí.

(*Jorge se vá*)

ESCENA IX.

BOY, BIEL.

BIEL — ¿Qué? ¿Las cosas, cómo van?

BOY — Muy bien.

BIEL — ¿Conque la doncella?...

BOY — No, hòmbre; si no hablo de ella.

BIEL — Pues, ¿de que habláis?

BOY — De mi plan.

BIEL — ¿De vuestro plan?

BOY — Sí. Prepara
el ánimo a comenzar.
Princípiate a figurar
que soy baile y tengo vara.

BIEL — Que es el mazo.

BOY — Eso. Tú aquí
al lado mío te sientas,
porque ahora representas
al secretario.

BIEL — Jí... jí...
Pues mirad. Principio así.

(*Coje una plancha de hierro, un pedazo de yeso y se sienta*)

BOY — Conque venga el mazo, Biel;
y a ver como vá la cosa.

(*Biel le alarga el mazo y Boy da con él un golpe sobre el yunque*).

Primero que venga Rosa;
después de la Rosa, él.

ESCENA V.

Los mismos, ROSA

Rosa ¡Ah! ¿Sois vosotros?
Boy Sí, Rosa.
Rosa Por el golpe de martillo
creí que llamaba padre.
Boy Era yo; pero es lo mismo.
Rosa Y, ¿qué queréis?
Boy Dos respuestas
bien claras, que yo preciso:
¿qué amor es ese del paje
que aquí tenemos cautivo
y qué es lo que la señora
Baronesa a tí te ha dicho?
Rosa En cuanto el amor del paje
os diré lo que he sentido:
que es el amor de mi vida
tornado en llanto y suspiros,
que es una historia de lágrimas
que el corazón me ha oprimido.
Yo, inocente enamorada,
¿qué había de hacer? Motivo
era éste para olvidarme
de quién así me ha querido;
más no podía. Llegaba
la hora en que el amor mío
en el bosque me esperaba
y mi corazón dolido
creía que él le aguardaba
lleno de amor infinito.
Y el ambiente perfumado
por el olor del tomillo

y el olor de las retamas
que dá al bosque cada estío,
parece que me llamaban
para aromar mis suspiros.
Rodeado de misterio
un día a esta casa vino
mi enamorado del bosque.
Y desde el momento mismo
que se hospedó en esta casa
ya siempre triste le he visto,
y he visto, bañando en lágrimas,
su espiritu malferido
por una pena muy honda
que exhalaba entre suspiros;
y, por último, la escena
que ayer noche he sorprendido.
Al verlo, salí corriendo,
y el pobre corazón mío
fué en pos de la Baronesa,
azorado y afligido,
para pedirle consuelo.
Pero en vez de hallar auxilio
sólo encontró allí amarguras
que aún más y más le han herido.
Y acobardada, asustada,
volví a emprender el camino
de mi casa. Y, sin consuelo
a mi corazón dolido,
estoy llorando mi suerte,
mi amargo y negro destino,
mi pobre esperanza muerta,
el desengaño sufrido,
desengaño que me mata,
que me hiere en lo más íntimo,
y que se derrama en lágrimas
y se deshace en suspiros.

BOY (Sabe amar como su padre,

Otro sería su sino
si amase... como yo a Ana.)

BIEL (Me he quedado compungido.
Si yo así llorar supiera
de cara iría más limpio.)

BOY Asi, por lo que nos cuentas,
la baronesa te dijo...

ROSA Que se ha enterado de todo
lo que ayer noche ha ocurrido,
por aquellos que, a la puerta,
diz que esperaban al hijo;
y que ella está dispuesta
a castigar el delito.

BOY (Si, vaya; la han engañado:
lo mismo que Ana me dijo.)
Biel.

BIEL ¿Qué mandais?

BOY Coje el yeso
y haz en esta plancha un círculo
que querrá decir: «Señora
baronesa» Y, a seguido,
una cruz... así, muy grande.
Eso es; vaya. Entendidos.
No hay pues que tratar con ella.
Que venga el paje, ahora mismo.

(Boy dá la llave a Biel que abre la puerta donde se supone está Arnal, y penetra en la habitación).

ROSA Oh, Zurdo, por Dios, salvadlo.

BOY Yo arreglaré el compromiso.
¿Tú quieres con él casarte?

ROSA Muero si no lo consigo,
que aunque su crimen es grande,
yo sin él, Zurdo, no vivo.

BOY Pues vete, y en mí confía.

ROSA En vuestro acierto confio *(Se vá)*

BOY Dios te guarde.

BIEL *(Saliendo del cuarto)*

Señor baile:
aquí tenéis al cautivo.

BOY — Pues cara negra, muchacho,
y a ver por donde salimos.

ESCENA VI.

Los mismos, y ARNAL.

ARNAL — Según me ha dicho el mancebo
vos me queréis hablar.

BOY — Sí.
Y os híce venir aquí
porque consultaros debo.

ARNAL — Pues, decid.

BOY — No hay una vida
mejor que la del herrero.
Ni el más noble caballero
la pasa tan divertida.
Sabe el herrero que el día
que siente melancolía
con sus cantares la espanta,
y, así, ciertas coplas canta
que él llama: «de la herrería»
Aquí cantamos dos. Una
la canta el amo afilando.
Otra yo allí, repicando,
cuando estoy de buena luna.
En la una: «un caballero,
que al amor fué traicionero,
se casa y así el mal paga»;
en la otra: «hay una daga
que pasa mallas de acero».
Sed claro, pues, como el agua
y escoged, que el tiempo vuela:
o la canción de la muela,
o la canción de la fragua.

ARNAL — Mirad, Zurdo.

BOY — Vos direis.
ARNAL — Yo, ayer, turbado y confuso,
hice un crimen; no me excuso.
El por qué ya lo sabreis.
Hoy sólo os puedo decir
que, arrepentido de todo,
en aquella forma y modo
que mandeis, he de cumplir.
Pero pensad, como honrados,
que no puedo obrar de suerte
que vaya a causar la muerte
de mis padres desdichados.
Yo cumpliré sin demora;
yo pondré a todo remedio;
pero solo encuentro un medio
que se me ha ocurrido ahora.
Oh, sí, sí, Boy. No temáis.
Dejadme de aquí salir.
Ningún mal ha de ocurrir
y la honra a todos salvais.
Oh, dejadme. Media hora
solo tardaré en volver.
La paz os juro traer
que la pobre Rosa implora.
BOY — Je, je, Biel.
BIEL — ¿Qué?
BOY — Buena argucia.
Por tontos nos ha tomado.
ARNAL — Oh, no; bien os he juzgado;
sé que es vana toda astucia.
Pero sois hombres de honor,
y eso es, solo, mi esperanza.
Zurdo, tened confianza,
porque ahora os habla el amor.
BOY — Y, si vos salís, ¿qué haréis?
ARNAL — Ver el medio de lograr
que el barón quiera aceptar

el plan que le proponeis.

BOY ¡Cómo! ¿El barón? Allí espera,
y podeis hablarle en plata.
Pero ni una ni otra rata
sale hoy de esta ratera.
El vendrá y podreis hablar.

ARNAL No escuchará. Convencido
de que yo os he protegido
para poderle apresar,
me creerá ingrato y traidor
y, aún, en vez de ablandarle
solo lograré excitarle
y exacerbar su rencor.

BOY Biel.

BIEL ¿Qué?

BOY ¿Vamos a probar
si le hacemos entender?

BIEL Bien que habrá de comprender.

ARNAL ¿Si, airado, os quiere matar?...

BOY ¡No se mata a un hombre así!
¿Pensais que soy un conejo
que de un golpe aquí... Aunque viejo
no me espanta un hombre a mi.
¿Verdad, rapaz?

BIEL Sí

BOY Pues vamos.
Vos, Arnal, antes que salga
id adentro. Dios nos valga...
y a ver de aqui que sacamos.
(*Dando las llaves a Biel*).
Abre la puerta.

BIEL (*Abriendo la puerta del Barón*)
Está abierta.

BOY Pues entra y vele a avisar
que aquí le tengo que hablar.
(*Entra Biel; Boy dice a Arnal:*)
Vos no muy lejos y... alerta.
(*Sale Arnal*).

ESCENA VII.

BIEL, BOY y BARÓN

BOY ¿Le has visto?
BIEL De tal manera
que me pareció un chiquillo.
BOY No importa. Coge el martillo
y haz como yo, si se altera.

(Cogen cada uno un martillo y se colocan a cada lado del proscenio. El Barón sale sorprendido).

BARÓN ¿Qué pasa?... ¿Qué me quereis?.
BOY (Uf... Mal viento sopla hoy).
BARÓN ¿Quién sois?
BIEL Yo el mancebo soy.
BOY Yo... el oficial. Ya lo veis.
BARÓN ¿Qué queréis de mí?
BOY Señor:
solo daros un recado.
BIEL Que os lo dirá, con agrado,
Boy, el oficial mayor.
BARON Y decid... ¿sabeis vosotros
lo que ayer noche ocurrió?
BOY Como ninguno lo vió...
BIEL Nada sabemos nosotros.
BOY (Haz bien el tonto, pequeño.)
BIEL (Armemos bien la emboscada).
BARON Así, pues... ¿no visteis?...
BIEL Nada.
BOY ¡Yo tengo tan fuerte el sueño!
BARÓN Antes de empezar aquí
el trabajo, por burlarme,
Rosa pretendió engañarme
y me hizo encerrar allí.
Viendose su padre preso
auxilio empezó a gritar.
Yo, que acertaba a pasar,

entré adentro, cuando en eso,
oigo a la llave girar.

BIEL (Je... je... ¡Y me lo explica a mí!...)

BOY (¡Y nos cuenta lo ocurrido!)

BARÓN Y, como fiera en su nido,
desde ayer estoy aquí.

BOY Pues si que, ya, ya ..

BIEL ¿Sí?...

BOY ¡Vamos!
Que nunca jamás pensara
que fueran así los amos.

BARÓN Si aquí la cosa no para.

BOY ¿Qué decís?

BIEL ¡Qué traición!

BARÓN Después de haberme robado
y por verse disculpado
de su indigna y mala acción,
vuestro amo vá diciendo
que ayer un noble asaltó
su herrería, pretendiendo
robarle el honor de Rosa
y que, por aquesta cosa,
en su casa lo encerró.

BOY ¡Ave María Purísima!

BIEL ¡Qué horror! ¡María Santísima!

BOY ¡Vaya un hombre más malvado!

BIEL ¡Teneros aquí encerrado!

BOY ¡Y hasta atreverse a decir
que por su Rosa venía!

BIEL Ya se vé lo que quería;
pero... lo habrá de sentir.

BARÓN Juro que se acordará.
Decidme: ¿quereis salvaros,
o en el hecho complicaros?
¿Que pensais?...

BIEL Zurdo dirá.

BOY ¡Ah! Yo salvarme.

BIEL Yo más.
BARÓN Pues dadme anillo y espada,
sacadme de esta morada
y... yo pondré lo demás.
BOY (*Fingiendo pensar*)
Bien, sí... no;... sí... puede ser.
BIEL (*Imitándole*).
Bien, sí... no;... sí... puede, sí.
BOY Porque él, al venir aquí...
BIEL Claro, ¿que venía a hacer?...
BARÓN Dar auxilio a la doncella
¡y por eso yo reclamo!
BOY ¡Y atreverse, luego, el amo!...
BIEL ¡A decir que iba por ella!
BARÓN Es un caso inusitado.
BOY ¡Oh!...
BIEL ¡Oh!! ..
BOY ¡Culpar al señor!
BIEL ¡Tan bueno!
BOY ¡Noble!
BIEL ¡Y de honor!
BOY ¡Tan generoso!
BIEL ¡Y honrado!
BOY ¡Que se trata con el rey!
BIEL ¡De casa tan antiquísima!
BOY ¡Ave María Purísima!
BIEL ¡Eso es ir contra la ley!
BOY ¡Nunca se ha visto, en la vida!
BIEL ¡Eso es no tener conciencia!
BOY ¿Qué se vá a hacer? La inocencia
siempre se vió perseguida.
BARÓN Así, pues, en esta casa,
¿cuento con vosotros?
BOY No.
Porque el oficial soy yo...
BIEL Y yo el mancebo...
BARÓN ¿Y qué pasa?...

BOY ¿Que pasa?... que yo soy fiel
al amo ¡El yunque nos liga!
El ha encargado se os diga
lo que vá a deciros Biel.
Y, asi, para bien cumplir,
venimos aqui los dos.
Luego, si os explicais vos,
solo os tendremos que oir.

BARÓN Y, ¿que me habeis de decir?

BIEL Que quedeis bien concertado
en lo que vuestro criado
os pida, si es que salir
quereis de aquesta morada.
Solo así os podreis salvar
y lograreis recobrar
vuestro anillo y vuestra espada,
prendas en paga que disteis...

BARÓN ¡¡Qué yo dí!!

BIEL Que se os quitó.

BOY No, no; bien dicho: que el dió.

BARÓN ¿Que yo dí?.. ¡que me cogisteis!

BOY ¡Qué!

BARÓN ¡Lo robado reclamo!

BOY ¡Ea! ¡Basta de insultar!
Yo no puedo tolerar
que llaméis ladrón al amo.

BIEL ¡Bravo, Zurdo; bien hablado!

BARÓN ¿De modo que ya sabeis?...

BOY Cuanto ocultarnos quereis.

BIEL Todo el mundo está enterado.

BARÓN ¿Sí? Pues, acabad.

BOY Se acaba
obedeciendo al maestro.
(*Yendo al yunque*)
Si no os decidis ahora
en lo que de vos recaba
vendrá el pueblo, sin demora,

y....

BIEL ¿Qué hablais?

BOY El pueblo es nuestro,
y esperando está en la plaza.
Si nuestro ruego rechaza
vuestra voluntad de roble,
doy tres golpes con la maza,
y el pueblo juzgará al noble.

BARÓN ¿Y si antes os mato?

BOY ¡No!
No mataréis, porque si
intentais venir a mí,
alzo el mazo y mato yo.

(*El Barón cogiendo un hacha se vá hacia Boy*).

BARÓN ¡Lo soltais u os doy la muerte!

BIEL (*Yendo al otro yunque*)
Si le matais alzo el brazo,
golpeo aquí con mi mazo,
y aún he de picar más fuerte.

BARÓN ¡¡Ah!!

BOY ¡Bravo, Biel!

BIEL Ahora vos
obrad cual mejor gusteis.

BOY Vos solo un hacha tenéis.

BIEL Y a picar somos los dos.

BOY Vuestro brazo, caballero,
a uno solo matar puede.

BIEL Más, de los dos, el que quede
vengará a su compañero.

BARON ¡Ah! Me perdeis; pero yo...

BOY ¡El hacha al suelo!

BÍEL ¡En seguida!
(*El Barón tira el hacha*)

BOY Ganada está la partida.
Cógela, Biel. ¡Se acabó!
(*Biel coge el hacha*)
Ahora Arnal os hablará.

Acceded, pues, a su ruego;
que, de lo contrario, luego
es el amo quien vendrá.

BIEL — Y, si el amo viene aquí,
preparaos el entierro.
Dobla una barra de hierro
con tan solo hacer así.

BOY — (*A Biel*)
Se ha acobardado.

BIEL — (*A Boy*)
Ja... ja...

BOY — ¡Pobre víctima caída!

BIEL — ¡La inocencia perseguida!

BOY — ¡Jo... jo... jo!..

BIEL — ¡Ja... ja... ja... ja......! (*Se van*)

ESCENA VIII.

BARÓN y ARNAL.

BARÓN — ¡Oh! ¡Burlarse de mí, así!
¡¡Nunca!! Que acabe mi suerte.
Antes de ceder, la muerte.

ARNAL — Señor, ¿que ha pasado aquí?

BARON — ¡Ah, traidor! ¡Muere conmigo!

ARNAL — Matadme, señor. Tomad
pronto un acero, y matad
a vuestro mejor amigo.

BARON — ¡Tú amigo!

ARNAL — Nunca tuvisteis
otro mejor en la vida.
¿No comprendeis que en mi anida
el bien que a mi padre hicisteis?
¿No comprendeis que es sincero
el afecto que me guía?

BARON — Y, ¿es así que en este dia
me has entregado al Jaguero?

ARNAL — ¿Eso creeis?

BARON — Con razón.

ARNAL — Creeis en la traición
de un paje que así os amaba.
¡Solo este puñal faltaba
a mi pobre corazón!

BARÓN — ¿Cómo quieres que me explique
cuanto está pasando aquí?

ARNAL — ¿Y quereis buscar en mí
quien el hecho os justifique?
¿Porqué el baile soltó al preso?

BARON — Porque también me es traidor.

ARNAL — ¡Oh! no lo creais, señor;
no ha sido sólo por eso.
Es porque la providencia
de este medio se ha servido
ya que no os ha contenido
la voz de vuestra conciencia.
Si; os lo dice sin recelo
la amistad más verdadera.
Vuestro crimen, crimen era
que nunca perdona el cielo.
Por eso un fiel servidor
viene a deciros: Señor,
demos su honor al daguero,
pague yo lo murmurado
siendo con Rosa casado,
y, así, —todo honor salvado,—
yo seguiré siendo honrado
y vos siendo caballero.

BARON — ¡Ah! ¿ves?...

ARNAL — ¡Señor!...

BARON — ¿Ves la trama
como para en tu provecho?

ARNAL — Señor; si lo que yo he hecho...

BARON — Es lo de todo el que ama.

ARNAL — ¿Cuando salvarme y salvaros
la vida quiero, así hablais?

BARÓN — ¡Basta!

ARNAL — Señor!...
BARÓN — No creais
que esta exigencia he de daros.
Venga el pueblo a darme muerte.
¡Si él es fuerte yo soy fuerte!
Venga el pueblo ruin y bajo;
ven con los tuyos, Arnal;
que no puede mi nobleza
ceder a vuestra bajeza.
Por algo vivís debajo
de mi castillo feudal. *(Se vá 2.ª derecha)*

ESCENA IX..

ARNAL, ROSA.

ARNAL — ¡Oh, Dios!; estamos perdidos
si yo no encuentro algún medio
para poder escapar.
Al barón van a matar
y es necesario encontrar
a toda prisa un remedio.
ROSA — ¿Que tienes, Arnal?
ARNAL — ¡Oh, Rosa!
¿Quieres saber mi dolor?
Pues sabe que te he vendido
que una infamia he cometido
que ha de llenarte de horror.
ROSA — ¡Habla, por Dios!
BARÓN — Desde el día
que en el bosque yo te vi,
me llenaste de alegría;
pero entonces no creía
que llegara a amarte así.
Fué entonces cuando el barón
de tí se vino a prendar.
—¡quién de tí no se enamora!—
Y, con idea traidora,

tu amor juróse alcanzar.
Yo rastrero, agradecido
al favor que me brindaba,
le prometí el ayudarle
y, por tanto, conquistarle
el amor que deseaba.
Y, así, en pago a su favor
quise venderle mi honor,
pero, aunque hablarte intenté
del amor de él, me encontré
que era primero mi amor.
Y en la triste cobardía
de mi papel humillante
hablarte de él yo debía,
más cuando hacerlo qnería
yo solamente sabía
jurarte mi amor constante.
¡Oh! ¡Qué lucha más horrible!
Llegó el momento terrible.
Yo hacer la señal debía.

(*Se oye el lejano martillear sobre el ynnque*)

Esta, ¿la oyes?

ROSA ¡Señor!

ARNAL Contestando yo, tu amor
la puerta al barón abría.
Por último el decidirse
fué preciso. La señal
volvía allí a repetirse.
Dejar mi mazo de oirse
era a mis padres mortal.
Y era la seña fatal
tambien sentencia nefasta
que mataba mi pasión,
pues, ¿quien sobre el yunque aplasta
él mismo su corazón?
Alcé la maza... Cayó,

y bien clara se hizo oir.
Nada más te he de decir.
Ya sabes que el noble entró
y que quizá va a morir.
Ya sabes quien es ahora
el cobarde y el traidor.
Te fuí traidor por mi madre,
te fuí traidor por mi padre,
por ellos vendí tu amor.
Si me quieres perdonar
y al noble quieres salvar,
consuela esa pena mía
que haría a un roble llorar,
que hasta a un hierro ablandaría,
y que aún amargaría
el agua amarga del mar.

ROSA ¡Oh! Sí, Arnal. Lo salvaré,
si puedo.

ARNAL Tu puedes, sí.

ROSA ¿Cómo?

ARNAL Huyendo yo de aquí.

ROSA Es imposible.

ARNAL ¿Por qué?

ROSA Dice padre, en su dolor,
que aquesta casa cerrada
es, Arnal, la urna sagrada
que defiende nuestro honor.

ARNAL ¿Pero no vé que así yerra,
porque al cerrar esa puerta
nuestra esperanza, ya muerta,
bajo una losa se encierra?

ROSA ¿Y, abriendo, vive?

ARNAL En el acto.
Mi corazón lo asegura.
El salir yo es la ventura,
es con la dicha haced pacto.

ROSA Y. . ¿si me engañas?

ARNAL — No hay llama
de amor en tu corazón,
si dudas de la pasión
del hombre que más te ama.

ROSA — *(Con amargura)*
¿Si me vuelves a engañar?

ARNAL — ¡Tu duda, Rosa, me hiere!
Cuando de veras se quiere
el amor sabe cegar.

ROSA — Te creo, más...

ARNAL — Por favor;
si me quieres, veme a abrir.

ROSA — Y, ¿si te dejo salir?...

ARNAL — Triunfará nuestro amor.

ROSA — ¿Me lo juras?

ARNAL — Como hay Dios.

ROSA — ¿Y volverás?

ARNAL — En seguida.

ROSA — Pues... ven.

ARNAL — ¡Oh, Rosa! La vida
hoy canta para los dos.
(Salen ambos por el foro)

ESCENA X.

JORGE, BIEL, BOY.

JORGE — ¿Es decir, pues, que vosotros
cuanto es posible habéis hecho?

BOY — Oh, sí. Pero con la izquierda
no habría nunca remedio.

JORGE — ¿La señora Baronesa?

BOY — Está indignada, por cierto.

JORGE — Y ¿la entrevista del paje?

BOY — Nos dió el resultado mesmo.

JORGE — Más él...

BOY — Si no quiere el amo
él tampoco está dispuesto.

JORGE *(A Biel)*
Entonces entra en el cuarto
donde posa el caballero
y dile que aquí le aguardo.

BIEL Está bien; voy al momento. *(Vase)*

BOY Yo voy a...

JORGE No, no te muevas,
porque me harás falta luego.
Para lo que tú ya sabes
quedáos tú y el mancebo.
Contestad cuando os pregunte.

BIEL *(Entrando)*
¡Fuego en la cola del perro!

BOY ¿Qué pasa?

BIEL ¡Baja furioso!

JORGE *(Poniendo los objetos sobre la mesa)*
La daga... el censo... el tintero...
Ya todo está preparado.
Ahora que venga y veremos.

BOY (Por lo que ocurrir pudiera
yo pongo al rojo este hierro)
(El y Biel encienden la fragua)

ESCENA XI.

Los mismos, BARÓN.

BARÓN ¿Dónde está ese miserable
que así me insulta, traidor?

JORGE Aquí; y mirad, mi señor,
de estar algo más tratable.
No aumentéis vuestro desdoro
con fama de mal hablado.
(Le muestra el censo)

BARÓN ¿Qué me ofrecéis?

JORGE Lo pactado;
el vaso de agua y el oro.
Ya ha vencido el censo y como,

quien debe paga...

BARÓN Por cierto:
y, en este caso, os advierto
que yo tengo un mayordomo.

JORGE Con vos sólo he de tratar,
que así vuestros ojos ven
que si se os paga, también
sois obligado a pagar.
Quieto en mi casa vivía,
nunca a la vuestra subí.
Vos habéis bajado aquí
para insultarme en la mía.
Pero por fin llega el día
en que vuestra tiranía
el vasallo no consiente.
¡Hoy se encuentran, frente a frente,
el castillo y la herrería!

BARÓN ¿Quién así a insultarme viene
cuando soy su amo y señor,
cuando solo a mi favor
debe todo cuanto tiene?
Pensad eso y, al pensarlo,
quizá dejéis de insultar.

JORGE La mano os vendré a besar
cuando podáis demostrarlo.
Si, como vuestros abuelos
a quienes somos deudores,
vos nos honráis con favores
en lugar de desconsuelos,
desde ahora os juro que soy
un siervo entre los mejores
Pero, ¡ay! vuestros mayores
no eran como el nieto de hoy.
De aquella digna largueza
y saber hereditario,
de aquel valor temerario,
la catalana nobleza

solo guarda la memoria
oculta en tumbas sagradas;
armaduras oxidadas
tras viejos días de gloria;
pendones apolillados;
un blasón sobre la puerta;
un título, letra muerta,
y pergaminos borrados.

BIEL — Bien, muy bien. Yo así lo entiendo.
BOY — Cállate tú, renacuajo.
JORGE — Cada cual a su trabajo.
BIEL — A ello estoy. (El fuego enciendo)
BARÓN — Acabemos.
JORGE — Sí; es mejor
que acabemos en seguida.
que ya la fuagua encendida
a mis herreros convida
a proseguir la labor.
Mirad; aquí está la daga
que encargasteis, caballero.
Al encargarla al daguero
deshonra fué vuestra paga.
Desheredar a un criado
porque casa con mi Rosa
es decir que, como esposa,
dehonra a quien tenga al lado.
Deshonra que me aportásteis
al encargarme la daga.
Yo os la devuelvo. Por paga
dadme el honor que os llevastéis.
BARÓN — Ella me lo dió, aceptando.
JORGE — ¡Ella nunca os aceptó!
BARÓN — ¿Quién, pues, la mano me dió?
JORGE — Uno que os está escuchando.
BOY — Y de quien no sospecháis.
JORGE — Y que bien salvó mi honor.
BIEL — Y ved la prueba, señor,

en la mancha que mostráis.

(*Le enseña una mancha de carbón en la blonda de la manga*)

BOY	Vos la mano le cogistéis.
JORGE	Tomándole por mi hija.
BIEL	Y aquí tenéis la sortija.
BOY	Y el acero que le disteis.
BARÓN	¿Así os burlasteis de mí?
JORGE	¿Firmáis?
BARÓN	¡No!
JORGE	¡Si luego os pesa!...
BARON	¡Que tome el pueblo su presa!
	Matadme, si os place así;
	pero pensad que soy noble.
JORGE	En nobleza os aventajo;
	mi blasón es el trabajo.
BARÓN	¡Vuestro crimen será doble!
JORGE	Así estaré más pagado.
BARON	Dejaréis huérfana a Rosa.
JORGE	Pero su honra saldrá airosa.
BARÓN	Y vuestro honor deshonrado.
JORGE	Todo es picar hierro en vano.
BARÓN	Tengo quien ha de vengarme.
JORGE	Daos prisa; porque ha tomarme
	el derecho voy por mi mano.
BARÓN	Acabad.
JORGE	¡Ya está acabado!
	¿Firmais?
BARON	¡No!
JORGE	Quien debe, paga.
	Hoy, muerto por otra daga,
	un nuevo honor ultrajado
	paga en sangre un caballlero.
BARÓN	¡¡Jorge!!
JORGE	¡No, no he de ceder!
	¡Ruega a Dios! ¡Vamos a ver
	si pasa mallas de acero!

ESCENA ULTIMA

Los mismos, BARONESA, ANA, ARNAL, ROSA, HERREROS, GUARDATÉRMINOS y PAJES.

(*Entran en el momento que Jorge se arroja sobre el Barón para clavarle la daga*)

TODOS ¡Ah!
ROSA ¡Padre!
BARONESA ¡Jorge!
JORGE (¡Oh! ¡Aquí
la señora Baronesa!)
BARÓN ¡Cielos!
BARONESA Cuando la sorpresa
haya pasado y, de mí,
con ánimo más sereno
escuchéis lo que os diré
y os presteis a lo que ordeno...
JORGE ¡Oh! Señora; vuestro ruego...
BARONESA Entonces, con más sosiego,
maese Jorge, yo hablaré.
JORGE Podéis hablar sin demora
que vuestro deseo acato,
pues para mí es un mandato
vuestro deseo, señora.
Bien claro en todos se vé
con qué confianza y fé
vuestra palabra se espera.
BARONESA Ante todo, justiciera,
diré que todo lo sé.
JORGE ¡Cómo!
BARONESA Arnal, arrepentido,
y a mis pies arrodillado,
esa infamia me ha contado
y al punto hasta aquí he venido.
BARÓN ¡Ah! Si, Arnal. ¡Siempre el traidor!
BARONESA No es traidor el que procura
descubrir la verdad pura

para salvar un error.
Tú eres el traidor; tú, sí.
¿Te espanta que asi lo vea
todo el mundo, y que yo sea
quien venga a humillarte así?
¡Llantos, consejos, caricias,
llevar tus hechos ocultos!
¡Todo en vano! Solo insultos
y cobardes injusticias;
y hasta el proceder innoble
de este paso desdichado
que al pueblo todo ha indignado.
¿Y, ahora que te has deshonrado,
ahora que ya no eres noble,
querías que yo callase,
que tu rastrera vileza
a la preclara nobleza
con tu infamia mancillase?
Oh, no, nunca. Ya no quiero
a mi bondad poner tasa.
Sabed todos, que en mi casa,
nadie fué cual mi heredero.
Y ante acción tan despreciable,
al verte tan miserable,
tan ruín y tan rastrero,
tan innoble caballero,
pienso, dudando de tí.
y hasta insultando a tu madre,
si fué padrastro... o fué padre
el padre que yo te dí.

JORGE — Oh, calmaos, mi señora.

BARONESA — Ante todo el mal causado
debe quedar reparado
sin demora.
Rosa casa con Arnal;
yo la doto al ser casada,
quiero dejar bien honrada

a la herrera del ferial
(Sensación general)
Papel... pluma. Así, firmado,
queda segura su suerte.
Por si llegara mi muerte
quiero dejarlo mandado.
(Se sienta y escribe el documento)

ANA *(Aparte)*
¡Boy!

BOY ¿Qué?

ANA Que le he hablado al cura

BOY Y ¿qué te ha dicho?

ANA ¡Que no!

BOY ¿No? Pues mira, haz como yo:
resígnate, criatura.

BARONESA *(Dándole el papel a Jorge)*
En cambio, Jorge, te pido,
ya que tu influjo lo puede.
que en Olot, de hoy más, no quede
recuerdo de lo ocurrido.
Al pueblo. pues, aconseja;
que lo haga por mi respeto.
Al fin le quiero... Es mi nieto,
y soy tan vieja... tan vieja...

JORGE ¡Oh! señora, en mi llaneza
yo me rebelo al mandar.
Pero, ahora, ¡vos suplicar!...
Nobleza contra nobleza.
Lo que dijistéis haré
y, hasta por dejarle honrado,
de todo cuanto ha pasado
a mí la culpa daré.

BARÓN Oh, no. A nadie más que a mí
que soy el solo culpable,
el único miserable
de todos, nobles aquí.
Mas yo pondré mis anhelos

en que el recuerdo se borre.
¡Al fin, por mis venas corre
la sangre de mis abuelos!

BARONESA ¡Que el cielo lo quiera así!

JORGE Oh, sí; lo querrá señora,
que siempre salió, hasta ahora,
el honor limpio de aquí.
Tanto se honra, haciendo mallas,
el herrero enmascarado
como el que es noble, nimbado
por el sol de las batallas.
(*Se oyen lejanos los golpes de un martillo*)
¿Oís? Es el otro herrero
que ya principia el trabajo.
¡Venid, herreros de tajo:
que aquí os espera el acero!
(*Al Barón*)
Creed que os habeis salvado
porque la virtud no falla,
y, frente al amor, se calla
el odio más exaltado.
Tomad la daga, Barón,
y que os sirva de lección.
Se hizo en casa del herrero
y mallas de amor no pasa;
¡pero mirad si traspasa
las fuertes mallas de acero!

(*Clava la daga en las mallas que están sobre la mesa*)

TELON

Fin de la obra.

Algunos juicios de la prensa madrileña

«*A B C.*»

Con un éxito franco y clamoroso se estrenó anoche en el teatro Fuencarral la adaptación al castellano, hecha en verso por el joven poeta Alvaro de Orriols, del drama, de Federico Sorer, S*erafí Pitarra, Lo Ferrer de tall*, con el título *La Daga.*

La trama de la obra es interesante, y las escenas han sido vesificadas con todo cariño y musicalidad, lo que valió al feliz adaptador muchos aplausos y repetidas llamadas a escena al final de los tres actos de la obra.

La interpretación, bastante cuidada, sobresaliendo la señorita Lombera, la señora Pacheco y los Sres. Portes y Carmona.

—

«*Heraldo de Madrid*»

Traducido en sonoros versos castellanos por el Sr. Orriols, se estrenó anoche con el mejor éxito en este concurrido teatro el drama de Serafí Pitarra, «Lo Ferrer de Tall».

El drama pródigo en efectos teatrales, preparados con artificio característico en Serafí Pitarra, y la música y teatralidad de los versos de Orriols, fueron muy del agrado del público, que aplaudió largamente, haciendo partícipes de estos aplausos a los intérpretes, y especialmente a las señoras Pacheco y Lombera y a los Sres. Portes y Carmona.

—

«L*a Acción*»

Con excelente éxito se estrenó anoche en el teatro Fuencarral una adaptación, en verso castellano, por el joven poeta Alvaro de Orriols, del drama de Federico Soler «Serafí Pitarra». La adaptación, que fuè acogida con grandes aplausos, lleva el título de «La daga».

Se distinguieron en la interpretación la señorita Lombera, la señora Pacheco y los señores Portes y Carmona.

—

«*El* L*iberal*»

Conocí a «Serafí Pitarra» en Barcelona siendo un niño. Sabía yo, sin embargo, de su fama de poeta y de su alto prestigio en el teatro catalán, y lo tenía, para simplificar, por una especie de Echegaray de Cataluña.

Sólo rememoro de él su figura quijotesca y bondadosa, y de sus palabras recuerdo sólo que su gran preccupación eran los finales de acto, según el mismo me repitió varias veces,

y aún creo que me contó algunas anécdotas confirmatorias de sus teorías sobre la técnica dramática.

Al ver anoche uno de sus célebres dramas, «Lo Ferrer de Tall», traducido por el excelente poeta Orriols con el título de «La daga», mi impresión dominante fué la evocación de aquella vieja imagen—casi borrada ya en la memoria—del dramaturgo catalán preparando, confeccionando y logrando sus magníficos finales de acto.

Los versos de Orriols son sonoros, gallardos, fuertes, como ropaje propio de las situaciones de «La daga», y de fijo no desmerecen de los que «Pitarra» escribió en catalán.

La interpretación fué admirable en cuanto al gran Portes y la señora Pacheco, y muy buena por parte de la señorita Lombera y el Sr. Carmona.

Los aplausos del admirable y sano y numeroso público, estruendosos y entusiastas.

M. MACHADO

—

«*La Correspondencia de España*»

A mediados del pasado siglo se inició el renacimiento de la literatura catalana, causa mas que efecto de las posteriores exaltaciones del catalanismo literario. En el teatro influyó la tendencia romántica y con Guimerá fué Federico Soler y Hubert de los más brillantes mantenedores de esa época floreciente del habla catalana. El poeta relojero, como llamaban a *Serafí Pitarra*, seudónimo adoptado por Federico Soler, fué muy fecundo, dejando en los catálogos más de un centenar de obras escritas. En el año 1874 estrenó en Barcelona *Lo ferrer de Tall*, que cerró el ciclo de los resonantes triunfos dramáticos de *Serafí Pitarra*.

Esta obra pudo en su tiempo ser traducida al castellano y hubiera podido figurar al lado de las obras de Zorrilla, del Duque de Rivas, de D. José Echegaray. Pero *Lo ferrer de Tall* no encontró un versificador que se atreviera a hacer la versión al castellano, versión que un jóven catalán que domina el castellano y que tiene entusiasmos dignos de elogio por las glorias catalanas ha hecho recientemente con el título de *La daga*.

Ha llevado Alvaro de Orriols su obra de un sitio a otro, y al presentala al ilustre Benavente la rechazó diciendo que ya no interesaba el teatro de *Serafí Pitarra* Con todo el respeto que el insigne dramaturgo nos merece, discrepamos de ese criterio. Nunca estará fuera de tiempo en la escena del Español el *Don Alvaro*, y por la misma razón, como recuer-

do del teatro romántico, hubiera podido representarse *La daga* en el mismo escenario.

Al fin fué acogida *La daga* en un modesto teatro, y el señor Portes. director del teatro de Fuencarral tomó con cariño la presentación de *La daga*, para la que en vestuario y en decorado no omitió gasto que contribuyese a la mayor brillantéz del estreno.

El esfuerzo fué anoche premiado por el público y los sonoros versos con que Orriols ha dado ropaje a las brillantes escenas del drama en que se plantea una lucha de clases en la época del feudalimo, fueron aplaudidos con entusiasmo.

Se distinguíeron en la interpretación de *La daga* las señoras Pardo y Pacheco, la señorita Lombera, y los señores Portes y Carmona, quienes con el resto de los interpretes y el traductor Sr. Orriols fueron llamados al final de todos los actos a recoger las ovaciones del público.

M. DE Z.

—

«*La Villa y Corte...*»

Esta obra tuvo la malaventura de ser rechazada por la dirección artística de nuestro primer teatro dramático. Me refiero al Español. ¿Quién fué el rechazante? ¿Benavente? Así lo cree y lo afirma el Sr. Orriols, que tan bellamente y con versos tan galanos, nos la ha dado a conocer en la lengua de Calderón, en el teatro de Fuencarral.

Pero, no puede ser, no cabe en nuestra cabeza, que un hombre de paladar artístico tan delicado, como Don Jacinto Benavente, rechazara una comedia de tanto empuje, de tan gran bravura.

Existe, a más del autor de *La noche del Sábado*, otras personas que llevan con él la enojosa tarea de *leer* cuanto se les lleva.

Y, una de estas personas que figuraban en la dirección artística es el señor Don Enrique López Alarcón.

Alarcón, que es autor de un soneto muy estimable y apreciado, ha hecho ya sus primeras armas en el teatro. Y es, sin saberse la causa, un figurón de nuestro periodismo fracasado. Ha estrenado *La tizona* y *Madre quimera* con un éxito de Prensa, de Prensa nada más, envidiable. Sus versos, si no del todo malos, no tienen la fuerza y la viralidad que deben tener los versos de las obras teatrales. La acción de sus obras es falsa y nula; ni anticuada ni moderna, fría, anodina, de una insulsez incalificable...

Pues bien; a un señor así, a un hombre que en materia artística tiene un gusto depravado, al menos, al ejecutar lo co-

labora, se le encarga la Dirección de nuestro primer Coliseo diamático. ¿Puede esperarse, pues, que se haga justicia en la lectora y elección de las obras?... ¡Ah, señor Orriols, tenga un poco de paciencia, ya verá como los íntimos del Sr. Alarcón y los íntimos del Sr. Benavente, nos *colocan cosas* geniales, cosas que han de conmover los pedestales de *Sakespeare*, *Calderón*, *Voltaire* y otros pobrecitos autores que no supieron lo que se pescaren...

Y, vamos a la obra.

La Daga, si no es una obra perfecta y acabada, es de lo mejor que en el teatro lírico desde hace años se ha estrenado.

Su lenguaje, mejor dicho, sus versos, no son tan áticos y diamantinos como los versos de Villaespera. Son más rudos más fuertes, más bravos. Quizás suenen peor al oido. Pero, dicen más al corazón, hablan más al sentimiento.

La leyenda que el forjador de dagas cuenta en el primer acto, es de una sublimidad calderoniana. Y, si en lugar de repetir el estribillo tantas veces, lo hiciera sólo al principio, en medio y al final, se vería más su belleza. Porque el estribillo, Sr. Orriols, desvía la acción de la leyenda.

Todo el primer acto está hecho con una sonoridad y un clasicismo de verso, admirables. A mi modo de ver, no peca de otra cosa, que de ser la acción un poco, muy poco, ¿eh?, larga. De ello, no hay que culpar al Sr. Orriols, sino a *Serafí Pitarra*, ya que el adaptador no pudo reconcentrar los bellos pensamientos que hay en este primer acto, sin dejar *coja* la obra.

El segundo acto, gana en gracia, en intensidad, en emoción. El canto a la vieja aristocracia, las dudas del fiel servidor enamorado, que lucha entre el cariño filial y el ver derrumbarse y perecer a los suyos o entregar su corazón, los roncos juramentos del oficial que forja dagas y bate hierros *con la zurda*, son de un dolor, de una amargura y de un realismo, desconsoladores.

Durante el acto tercero estalla la tragedia.

Los versos de este tercer acto son fuertes, vibrantes, enérgicos, de una energía y una robustez a la que no nos tienen acostumbrados los poetas españoles. Hay rudeza en la frase; porque la acción dramática lo impone. El viejo daguero, ofendido, en su honor, en la sensación más íntima de un padre, quiere clavar aquella daga, de temple de acero, que con ilusiones juveniles él forjara, sobre el pecho de aquel noble que con tanto engaño y con tan rufián villanía entrara en su casa.

Una mujer lo impide. Noble y altiva, es la rancia aristocracia. La que cree que el honor, el verdadero honor, el ho-

nor puro y sin mancilla, reside en nuestro propio comportamiento, más y mejor, que en decantados pergaminos...

En suma, la obra de Pitarra triunfó en toda la regla...

El adaptador, Don Alvaro de Orriols, nos ha demostrado que es un poeta de altos vuelos, un poeta que podrá hacer grandes obras teatrales.

La acción de la obra, en sí, es perfecta y acabada

Y ahora, digamos algo de la interpretación.

No puede darse nada más acabado que la labor de Emilio Portes en esta comedia.

Justo, sobrio, enérgico, fué pasando por todos y cada uno de los matices que requería su papel. Tan pronto le admirábamos en la terneza paternal, como alzándose como fiera en celo nos hacía sobrecoger de espanto en las escenas más más intensas de la obra. Ha creado un personaje vigoroso, que seguramente no hubieran *representado* la mayoría de los actores de nuestro tiempo. Sus gestos son de una perfección y una maestría imcomparables.

La Sra. Pacheco hizo un chicuelo parlanchín. ¡Pero que chicuelo, Dios mío! En gracia, en gesto, en desenvoltura, en vis cómica, en vocalización, es, no ya difícil, sacar más partido, sino llegar a ese dominio y a esa maestría.

El Sr. Carmona es un característico de primera fuerza. Y la señora Pardo una actriz que se puede codear con la crema de su género. Estos cuatro artistas llevaron el peso de la obra.

De los demás, Valero, muy bien, lo mismo que la señorita Lombera, y el Sr. Castillo y la Sra. Corcuera.

Merece también un aplauso la Empresa del teatro de Fuencarral que, haciendo honor a la obra, mandó pintar un nuevo y magnífico decorado.

RICARDO MARTÍNEZ

—

«El Imparcial»

Hace muchos años escribió el famoso poeta catalán Federico Solel un grandioso drama romántico, titulado *Lo Ferrer de Tall*, que se hizo tan popular, por la resonancia de su triunfo, queen toda Cataluña se recitaban las sonoras estrofas de la obra.

Un excelente poeta, conocedor del teatro, D. Alvaro de Orriols, tuvo la feliz idea de traducir y adaptar la genial producción de *Serafí Pitarra* en hermosos versos, y estrenarla en Madríd con el título de *La daga*. El éxito fué clamoroso, porque la obra produjo verdadero entusiasmo en el público.

Asunto interesante, campesinas leyendas, poemas de amor y escenas admirables reune el drama en artístico consorcio' todo avalorado por la belleza indiscutible de la forma poética.

En la interpretación se distinguieron la señora Pacheco, que hizo a la perfección un aprendiz simpático y travieso; la la señorita Lombera, muy ingenua en el papel de Rosa, y los Sres. Portes y Carmona, que rayaron a gran altura.

El Sr. Orriols salió al palco escénico a la conclusión de todos los actos, y fué ovacionado por el público.

—

«*El Sol*»

Traducido en excelentes versos castellanos por D. Alvaro de Orriols, se representó anoche en el teatro de Fuencarral el drama de Federico Solel «Lo ferrer de Tall». La obra señala el momento adulto del teatro de «Serafí Pitarra», iniciado con «Las joyas de la Roser», y permite apreciar la complexión artística del interesante propulsor de la escena catalana.

«La daga», título de la versión, mantiene su lozanía, a pesar de los años, y la misma sencillez de su técnica presta especial atracción a esta obra verdaderamente documental.

El público aplaudió calurosamente al final de los actos. Además, Fraternidad Lombera, Elvira Pacheco y Emilio Portes estuvieron acertados en todos los momentos.

—

«*El Socialista*»

La buena labor que viene realizando Portes en el teatro de Fuencarral tuvo anoche una nueva manifestación con el estreno de *Lo ferrer de Tal*, uno de los mejores dramas que escribió el insigne Federico Soler, obra que ha vertido al castellano D. Alvaro de Orriols, con el título de *La daga*.

No pretendemos descubrir la vigorosa personalidad de *Serafí Pitarra* como autor de obras teatrales. Pero aun cuando no estamos conformes con los principios fundamentales que inspiran algunas obras de Federico Soler—digno hermano de Guimerá y de Echegaray, e hijos, ideológicamente, de Calderón de la Barca,—nos sorprende que ciertas obras de *Pitarra* no hayan sido traducidas al castellano, de la misma manera que lo fueron, por ejemplo, las de Guimerá.

La daga se destaca constantemete por la maestría del autor en la técnica teatral, moviendo las figuras con gran acierto para mentener es tensión constante el alto interés dramático de la obra.

Quizá peca la obra de un poco de retórica; ello es la consecuencia de la personalidad poética del autor y de los tiempos en que se escribió. Pero los tipos centrales son de gran vigor, y recuerdan en muchos momentos los más famosos de nuestro teatro clásico.

El Sr. Orriols ha escrito unos versos fluidos, llenos de música y de fuerza, adecuados a las circunstancias de la obra, por lo que mereció las constantes ovaciones que se le hicieron durante toda la noche.

En cuanto a la interpretación, destacáronse Portes en el admirable tipo del daguero, y la señora Pacheco y el señor Carmona en los de aprendiz y oficial mayor. respectivamente; también cumplieron la señorita Lombera y las señoras Pardo y Corcuera.

Y eso que *La daga* es obra que exige para su interpretación artistas de primera categoria.

Los aplausos fueron muchos y merecidos, tanto para el traductor como para los artistas. La escena, bien presentada.

Suponemos que en el taller de herrería aquél se harán muchas *dagas*, pues es obra que merece verse.

—

«*El Pais*»

Hasta ahora, despues de tantos años, no se ha estrenado en Madrid el drama del eximio escritor «Pitarra», del fecundo romántico que dió forma al teatro catalán recogiendo el alma de las leyendas campesinas en numerosos poemas de amor, de dolor y de gracia. Hasta ahora despues de tantos años, no ha aparecido un traductor de «Lo ferrer de Tall», de esa obra formidable, sin duda la mejor de «Pitarra», la que mayor fama le dió. la que conocían y recitaban en nuestras mocedades los chicos de Cataluña. Y el estreno de la traducción castellana ha sido en un teatro modesto, en el de Fuencarral, sin solemnidades ni anuncios trascendentales.

Federico Soler era, ante todo, un poeta efectista, retumbante, rico en fantasia, en imágenes sublimes. Fué el autor de la época romántica de Cataluña cuando todavía no existían ni asomos de regionalismo político, el cantor de la montaña, el escritor del pueblo bajo, ingenuo entre los ingenuos, versificador fácil y sonoro.

«Pitarra» encontró en Barcelona a un cómico que fué el mejor colaborador de su obra dramática, Se llamaba Fontova. Murió viejo. Todavia conservamos retratos suyos en los típicos trajes de payés con que solía aparecer representando papeles de actor cómico en las obras de «Pitarra». Era

para este escritor lo mismo que Calvo y Vico para Echegaray. Uno y otro se completaban.

«Lo Ferrer de Tall», que ha traducido Orriols con el título de «La daga» (¿por qué no «El forjador de armas»?), produjo una verdadera revolución de entusiasmo, como su otra gran obra «El castillo de los tres dragones», cómica ésta, graciosísima, bufa. Es un drama intenso, en el que aparece la figura del herrero como la de un héroe de la montaña, tan bien templado como los puñales que pasan por su forja, honrado, valiente, altivo ante los grandes, generoso con todos. A su alrededor, danzan varias figuras de leyenda amorosa y dos o tres tipos episódicos admirables. El de «Biel», el aprendiz de la herreria y el del «Zurdo» son maravillosos.

El Sr. Orriols ha estado respetuoso con el drama, y lo que puso de su parte vale la pena de ser escuchado. Orriols es realmente, nn excelente poeta. Hay que decirlo sin ambages con sinceridad.

Portes hizo más que acoger la bellísima obra; la interpretó y dirigió notablemente, acompañado de Elvira Pacheco, que hizo un «Biel» delicioso, estupendo, que nos dejó asombrados. Sepa para su gobierno la señora Pacheco que hemos visto interpretar ese papel a las mejores artistas catalanas, y que ninguna de ellas la aventajan en tan difícil cometido.

El público aplaudió al final de todos los actos y a la terminación de algunas escenas, y trató a los cómicos y al traductor con el cariño a que se hicieron acreedores.

Anoche hubo tres estrenos en Madrid. Pues bien; merece la preferencia el del teatro Fuencarral, no solo por la importancia del drama que se puso en escena, sino también—hay que repetirlo—por los artistas que lo interpretaron. Y como merece esa preferencia, con gusto se la hemos dado.

—

«*La Tribuna*»

Anoche se estrenó en el popular teatro Fuencarral la obra «Lo ferrer de Tall» el eximio escritor catalán, «PItarra».

La traducción ha sido hecha por el jóven poeta señor Orriols, y realmente está hecha con gran acierto.

En la versión castellana, el título es «La daga».

El público que llenaba el teatro aplaudió calurosamente al final de todos los actos.

La obra, efectivamente, es admirable, tanto por la belleza de sus versos como por lo interesante del asunto, y lo bien dibujados que están los personajes que intervienen en la acción. La fibra dramática es intensa y resalta con toda su

potencia el choque de las dos clases sociales: la nobleza y el trabajo.

En esta obra se percibe la cantera de donde salió «Tierra Baja», el admirable drama de Guimerá.

La interpretación fué realmente excelentísima, sobre todo por parte del notablísimo primer actor Emilio Portes, que hizo una verdadera creación del tipo del daguero. Su ademán su gesto y su brío, respondió en todo momento al caracter del personaje.

También se distinguió mucho la señorita Fraternidad Lombera, que es una artista de deliciosíma sensibilidad artística y de pleno dominio escénico. Las señoras Pacheco y Corcuera también estuvieron muy bien.

El poeta señor Orriols tuvo que salir a escena muchas veces a escuchar las ovaciones que se le tributaron.

—

«Diario Universal»

A tal extremo hemos llegado en el mal gusto predominante en el teatro actual, que mientras el gran dramaturgo catalán, muerto hace bastantes años, Federico Soler («Serafí Pitarra»), tiene que estrenar en el modesto teatro de barrio de la calle de Fuencarral, en la Comedia estrenan «Los Mochuelos».

Puede ser que sea un síntoma de los tiempos que corren.

Comentarios aparte, diremos que el recio drama, pleno de interés, del célebre autor catalán «Lo ferrer de Tall», traducido al castellano con el título de «La daga», por el notable poeta, catalán también, Alvaro de Orriols, obtuvo un éxito franco, clamoroso, espontáneo, entre el numeroso público que llenaba el teatro.

No podía ocurrir de otro modo, porque la traducción está magistralmente hecha, en versos tan rotundos y sonoros como los del original.

La interpretación fué notablísima por parte de la señora Pacheco, que dió a su papel de «Biel» toda la travesura que requiere, y de la señorita Lombera. Portes estuvo magnífico, y Carmona admirable de caracterización y de gesto.

Con estos afortunados interpretes compartió el traductor infiinidad de veces el honor de ser llamado a escena a la terminación de los tres actos.

—

«La *España Tradicionalista*»

Estos dias pasados tuvo lugar el estreno, en castellano de la obra del inmortal vate lemosín «Serafí Pitarra», «Lo ferrer de Tall».

La traducción, hecha por el joven poeta Alvaro de Oriols es admirable y esmeradisima y conserva todo el calor que el original catalán encierra.

Este hermoso drama puede considerase, por su índole estoica, hermano de «El alcalde de Zalamea». La pasión, la energía y la fortaleza brotan de aquél incesantemente.

Fué estrenado en Barcelona por el gran actor Parreño, el año 1874, y reprisado más tarde en la misma ciudad condal por el no menos notable Enrique Borrás.

La versión del bellísimo poema romántico de Soler fué rechazada (sin causa que lo justifique) en el Teatro Español.

Emilio Portes aceptó cariñosamente la obra reparando la equivocación lamentable de Jacinto Benavente; y la adaptación castellana del insigne autor de la «Rapsodia» «Princesita sin zapatos» y la «Noche de orgía» fué representada admirablemente en el Teatro Fuencarral.

Mi enhorabuena al autor e interpretes de «La daga» (este es el título dado en nuestra lengua), y otros triunfos así y aun mejores les deseo.

José VEGA



Precio: 2'50